BOLETIN ECLESIASTICO

ORGANO DE ORIENTACION E INFORMACION
DE LA ARQUIDIOCESIS DE QUITO

AÑO LXXXVII Noviembre y Diciembre Nos. 11 y 12



S. S. Juan Pablo II en el abrazo paternal al nuevo Arzobispo de Quito, Monseñor Antonio González Sumárraga, a raíz de su promoción, quiere expresar el amor que se proyecta desde el Corazón de Cristo, Pastor de Pastores, al pueblo ecuatoriano y de un modo particular a la Arquidiócesis de Quito; quiere así mismo recordar que en la Cruz pastoral está sembrada la semilla de la inmortalidad de la gloria de la resurrección.

BOLETIN ECLESIASTICO

Organo de Orientación e información de la Arquidiócesis de Quito

AÑO LXXXVII — Noviembre y Diciembre de 1980 — Nos. 11 y 12

* * *

DIRECTOR:
Dr. César Augusto Dávila G.
Teléfono: 242-917

ADMINISTRADOR:
R. P. Hugo Carrillo
Teléfonos: 517-466
212-825

OFICINA:
Cancillería
Teléfonos: 517-466
212-825

DE LA DIRECCION:
242-917

IMPRESO EN:
Editora Royal
Mejía Nº 157
Quito - Ecuador

Suscripción Anual
Dentro del país
S/. 200,00
Fuera del país
$ 20,00
Aéreo $ 25,00

SE ACEPTAN CANJES

CONTENIDO

EDITORIAL

El Pastor y su nueva Encíclica

Uno de los inconfundibles parámetros para descubrir al Pastor es el acierto con que sepa escrutar los signos de los tiempos e indicar el oportuno remedio. La humanidad progresa. Y progresa a pasos de gigante. Ya no han de transcurrir centurias, ni siquiera décadas para que se operen fundamentales cambios en el orden económico, político, social, científico, filosófico, religioso. Los cambios se suceden con vertiginosa rapidez. Casi no queda tiempo para pensar. La dinámica en el obrar, la dinámica en la máquina electrónica, en el cerebro electrónico, van sustituyendo a la refelxión meditativa, pausada, serena, calculadora. Estamos viviendo la era de la técnica que va transformando rápidamente la faz de la tierra. Muy poco habremos de recorrer en el camino del tiempo para que los viajes espaciales sean cosa ordinaria.

De otra parte, las grandes masas abocadas a grandes privaciones, a la miseria, a la vida infrahumana, los medios de producción acumulados todavía en manos de unos pocos, crean grandes tensiones que continúan convulsionando a los pueblos. La igualdad entre ellos sigue siendo todavía una engañosa utopía. Siempre prevalece la ley del más fuerte. La crisis moral, la crisis de valores, la crisis del olvido de Dios, en general la crisis del espíritu, van minando la sociedad.

Esto que acabamos de anotar, la problemática que vive el hombre actual, dieron paso al Vaticano II bajo la profética mirada de un Papa que supo escrutar atentamente los signos de su tiempo. El advenimiento de Juan Pablo II confirma también esta misma característica de los Papas de las postrimerías del siglo XX.

La hora de la Iglesia de hoy, no es la de la polémica, de la apología del dogma, de la condenación herética...... es la hora de la misión pastoral, es la hora del Pastor. He ahí la razón por la cual un Pastor Juan Pablo II, un auténtico Pastor, quiere conocer, quiere acariciar de cerca a sus ovejas, quiere compartir con ellas si

posible fuera en cada rincón de la tierra, las angustias, los sufrimientos, las frustraciones, los problemas, los fracasos, como también los éxitos, los progresos, las eperanzas, los triunfos del hombre de hoy.

El Pastor acaba de entregar a los hombres su segunda encíclica, la "DIVES IN MISERICORDIA". Diríamos una Encíclica eminentemente pastoral, de un Pastor que quiere como Cristo, Pastor de Pastores, presentar al hombre de hoy a un Dios-Padre, a un Dios-Amor, a un Dios-Misericordia, a un Dios que por el hombre no vaciló en entregar a su propio Unigénito Hijo en quien se refleja en plenitud ese Padre "Misericordioso y Dios de todo consuelo".

Juan Pablo II en quien se encarna la Persona de Cristo, Pastor Supremo, ¿de qué podía hablar mejor a un mundo en crisis de Dios sino de su infinita misericordia? Este mundo hundido en el pecado, desgarrado por el odio, amenazado constantemente por una guerra cruenta, este hijo pródigo debe volver al hogar del Padre. Pero es necesario valorar en su verdadera dimensión este retorno. No desde afuera, dice el Papa, es decir, desde el punto de vista meramente humano; sino desde "adentro", es decir, desde ese lado divino desde donde se ven sin distorción las cosas. "La parábola del hijo pródigo (vista así) expresa de manera sencilla, pero profunda, la realidad de la conversión" (N. 6)...... "La misericordia se manifiesta en su aspecto verdadero y propio, cuando revalida, promueve y extrae el bien de todas las formas de mal existentes en el mundo y en el hombre" (N. 6).

Según el Papa es necesario que el rostro genuino de la misericordia de Dios sea siempre "desvelado de nuevo". "No obstante múltiples prejuicios, ella se presenta particularmente necesaria en nuestros tiempos" (N. 6).

Para los acuciantes problemas del hombre de hoy, el Supremo Pastor tiene una respuesta: La conversión del hijo pródigo frente a un Padre-Dios "rico en misericordia".

Juan Pablo II ha empuñado de nuevo el bordón de peregrino —su báculo pastoral que no es otra cosa que la cruz de Cristo, Redentor del hombre— y se ha lanzado a una nueva aventura de evangelización. Esta vez a tierras de Alemania, cruzando por el corazón mismo de Europa, en un viaje apostólico que le ha llevado sucesivamente, en los días 15-19 de noviembre, a Colonia, Bonn Osnabrück, Maguncia, Fulda, Altotting y Munich.

Este viaje, como los siete anteriores de carácter internacional, deja una huella profunda, doctrinal, postoral, ecuménica y humana, en la historia de estos tiempos de Iglesia que nos ha tocado vivir, guiados por Juan Pablo II, el Papa "venido de lejos", como se dice en Roma, y que con sus enseñanzas y orientaciones va llevando a toda la Iglesia —para todos los sectores del Pueblo de Dios hay palabras en el mensaje pontificio— muy lejos, en la dirección señalada por Cristo.

Reproducimos dos de sus discursos.

Juan Pablo II en Alemania

SUPERAR LAS DIFERENCIAS QUE NOS SEPARAN Y DAR JUNTOS TESTIMONIO DE NUESTRA COMUN CONFESION DE JESUCRISTO

Discurso a los representantes del Consejo de la Iglesia evangélica de Alemania, en el museo de la catedral de Maguncia, lunes 17 de noviembre

Muy Ilustre Señor Presidente del Consejo, distinguidos miembros del Consejo de la Iglesia evangélica en Alemania, queridos hermanos en Cristo.

Encuentro ecuménico en el país en que tuvo origen la Reforma

"La gracia y la paz con vosotros

de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo" (*Rom* 1, 7). Con estas palabras del Apóstol de las Gentes saludo a ustedes y a todos aquellos a quienes ustedes representan. Quiero manifestar mi cordial agradecimiento a todos los que han hecho posible este encuentro en el país en que tuvo origen la Reforma. De modo especial debo agradecer a usted, Señor Presidente del Consejo sus valiosas palabras, que nos han hecho presente la importancia de esta hora, y todavía más la de nuestra misión cristiana. Con plena conciencia de ello debemos esperar —como un día San Pablo— que nos "consolemos mutuamente" (*Rom* 1, 12).

Nuestro encuentro en estas horas de la mañana constituye para mí un símbolo profundo, que querría expresar con las palabras de un viejo himno: "La aurora nace ya en lo alto, como aurora viene *El* a nosotros; en su Padre enteramente el Hijo y el Padre enteramente en la Palabra" (Laudes, lunes de la segunda semana del ciclo ordinario). Nuestro común deseo es también que Cristo, como luz de la vida y de la verdad, pueda brillar en medio de nosotros y en este país.

El peregrino Martín Lutero

Recuerdo en este momento a Martín Lutero que en 1510-1511, *como peregrino, pero también buscando y preguntando, llegó a Roma, a las tumbas de los Príncipes de los Apóstoles. Hoy vengo yo a ustedes, a los herederos espirituales de Martín Lutero;* vengo como peregrino. Vengo para dar, en un mundo cambiado, un signo de la unidad en los misterios centrales de nuestra fe.

Es mucho lo que nos urge en este encuentro fraterno, mucho más de lo que podamos decir en este breve espacio de tiempo con nuestras limitadas fuerzas. Permítanme expresar para comenzar nuestro diálogo lo que a mí especialmente me mueve. Lo haré en referencia al testimonio de la Carta a los Romanos, aquel escrito que para Martín Lutero era absolutamente decisivo. "Esta epístola es la verdadera función capital del Nuevo Testamento, y el más puro Evangelio", escribía en 1522.

A ejemplo del Apóstol de las Gentes debemos tomar todos conciencia de la necesidad de *conversión* que todos tenemos. No hay vida cristiana sin penitencia. "El auténtico ecumenismo no se da sin la conversión interior" (Decreto de Eucumenismo, 7) *"No nos juzguemos, pues, ya* más los unos a los otros" (*Rom* 14, 13). *Por el contrario, nosotros queremos admitir recíprocamente nuestras culpas. Aun en relación a la gracia de la unidad vale la frase: "Todos pecaron"* (*Rom* 3, 23). Deberíamos reconocer y decir esto con toda seriedad y extraer las consecuencias pertinentes. Más importante es aún reconocer de corazón las consecuen-

cias que el Señor saca de los fallos humanos. Pablo dice expresamente: "Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia" (*Rom* 5, 20). Dios no cesa de "tener de todos misericordia" (*Rom* 11, 32). Dios dona a su Hijo, se donó a Sí mismo, dona perdón, justificación, gracia, vida eterna. Esto es lo que debemos confesar todos juntos.

El desafío que nos viene del ateísmo y de la incredulidad

Ustedes saben que algunas décadas de mi vida han estado marcadas por la experiencia del desafío que el cristianismo recibe del ateísmo y de la incredulidad. Por eso veo cada vez más claro lo que en este mundo significa nuestra común confesión de Jesucristo, de su palabra y de su obra, y en qué medida somos apremiados por los requerimientos de la hora presente a superar las diferencias que separan todavía nuestras Iglesias y a dar testimonio de nuestra creciente unidad.

Jesucristo es nuestra común salvación. El es el único mediador, "a quien ha puesto Dios como sacrificio de propiciación, mediante la fe en su sangre" (*Rom* 3, 25). Por El tenemos "paz con Dios (*Rom* 5, 1), y con cada uno de nosotros y unos con otros. Por la fuerza del Espíritu Santo nos hemos convertido en hermanos suyos, en hijos de Dios de un modo verdadero y esencial. "Y si hijos, también herederos; herederos de Dios, coherederos de Cristo" (*Rom* 8, 17).

Recordando la "confessio augustana"

En la consideración de la *Confessio augustana* y en numerosos contactos, hemos descubierto de nuevo que esto es lo que juntos creemos y confesamos. Ya los obispos alemanes han dado tsetimonio de ello en su pastoral "Venga tu Reino" (20 de enero de 1980). Decían a los católicos alemanes: "Nos alegramos no sólo de poder descubrir *un consenso parcial en algunas verdades, sino una concordancia en las verdades centrales y fundamentales.* Esto nos hace esperar la unidad también en aquellos ámbitos de nuestra fe y de nuestra vida en que hasta el momento estamos separados".

La gratitud por lo que permanece y nos une no debe hacernos ciegos para ver todo aquello que todavía nos separa. Debemos tenerlo presente juntos, en la medida de lo posible, no para aumentar las grietas, sino para superarlas. No deberíamos quedarnos con la comprobación: "Así estamos y permanecemos por siempre separados y enfrentados". Unos con otros estamos llamados a esforzarnos por la plena unidad en la fe en un diálogo en la verdad y en el amor. Sólo la plena unidad nos brinda la posibilidad de reunirnos en la

única mesa del Señor con un mismo espíritu y una misma fe. De qué se trata ante todo en estos esfuerzos, podríamos dejárnoslo decir por *Lutero en sus exposiciones sobre la Carta a los Romanos de* 1516-1517. El enseña que "la fe en Cristo, por la cual somos justificados, no consiste sólo en creer en Cristo o más exactamente en la persona de Cristo, sino en creer en lo que es de Cristo". "Nosotros deberíamos creer en El y en lo que es suyo". A la cuestión "¿qué es esto?", responde Lutero refiriéndose a la Iglesia y a su auténtica predicación. Si las cosas que nos dividen fueran solamente "las ordenaciones eclesiásticas instituidas por los hombres (cf. *Confessio augustana,* VIII), entonces las dificultades podrían y deberían ser resueltas lo antes posible. Según la convicción católica, el disenso afecta a "lo que es de Cristo", a "lo que es suyo": su Iglesia y la misión de ésta, su mensaje y sus sacramentos, así como los ministerios instituidos para el servicio de la palabra y de los sacramentos. El diálogo conducido después del Concilio nos ha hecho avanzar bastante en relación con todo esto. Precisamente en Alemania se han dado varios pasos importantes. Esto nos debe infundir confianza ante los problemas que quedan aún por resolver.

Debemos continuar el diálogo y los contactos. Las cuestiones que debemos examinar juntos exigen por su naturaleza un estudio más completo de lo que hoy aquí nos es posible hacer. Espero que encontremos caminos comunes para proseguir nuestro diálogo. Ciertamente en esta tarea colaborarán los obispos alemanes y los colaboradores del Secretariado para la Unión de los Cristianos.

No debemos dejar nada por intentar. *Debemos poner en práctica lo que une. Tenemos esta deuda con Dios* y con el mundo. "Por tanto, trabajemos por la paz y por nuestra mutua edificación" (*Rom* 14, 19). Cada uno de nosotros debe decir con San Pablo: "¡Ay de mí si no evangelizare!" (1 *Cor* 9, 16). Hemos sido llamados a ser testigos del Evangelio, testigos de Cristo. A su mensaje corresponde *que demos un testimonio común.* Permitidme que repita algo que ya dije el 25 de junio de este año con ocasión del aniversario de la *Confesión augustana*: "La voluntad de Cristo y los signos de los tiempos nos apremian a un testimonio común en una creciente plenitud de la verdad y del amor".

Avanzar en el diálogo confiando en el Señor

Grandes y difíciles son las tareas que nos enfrentan. Si dependieran sólo de nuestras fuerzas deberíamos desesperarnos. Gracias a Dios "el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza (*Rom* 8, 26). Confiando en

El podemos continuar nuestro diálogo, podemos emprender las tareas que se nos exigen. ¡Comencemos con el más importante de los diálogos, con la tarea más importante, recemos! Ante la incomprensible gracia de Dios recemos con el Apóstol de las Gentes:

"¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos! Porque, ¿quién conoció el pensamiento del Señor? O, ¿quiér fue su consejero? O, ¿quién primero le dio para tener derecho a retribución?". Porque de El, y por El, y para El son todas las cosas. A El gloria por los siglos de los siglos. Amén". (*Rom* 11, 33-36).



Visita pastoral a Maguncia

El auténtico ecumenismo

Alución a los representantes de otras confesiones cristianas

El camino hacia la perfecta y plena unidad

¡Venerados hermanos en Cristo!

"Ved cuán bueno y deleitoso es convivir juntos los hermanos (*Sal* 133, 1). ¿Cómo podríamos todos nosotros, en este momento, no vivir nuevamente la verdad de este Salmo? Nos hemos reunido *como hermanos en el Señor.* Fraternidad no es para nosotros una palabra vacía ni tampoco un sueño fugaz; es una feliz realidad —aquí, hoy y en cualquier parte donde los cristianos obedecen y siguen a su Señor—. La gracia de Dios nos une con El y entre nosotros. Con el Concilio Vaticano II podemos tener la confianza de que esta "unión fraterna que existe entre todos los cristianos" es la "que lleva a la plena y perfecta unidad según Dios" (*Unitatis redintegratio,* 5). Todos nosotros estamos resueltos a encontrarnos unidos en la única "Familia Dei"; estamos a la unión, " a la obra de la salvación y renovación de toda creatura, para que todas las cosas sean instauradas en Cristo y en El formen los hombres una sola familia y un único Pueblo de Dios". (*Ad gentes,* 1).

El evento de la Reforma

Toda la alegría suscitada por nuestro encuentro, por nuestra vocación y nuestra misión no nos debe hacer olvidar cuán poco hemos correspondido y correspondemos a la gracia de Dios. A pesar de nuestra profunda unión estamos, de hecho, separados en muchas cosas.

Nuestro encuentro en vuestra patria alemana nos confronta con el evento de *la Reforma. Tenemos que pensar en aquello que la precedió y en lo que sucedió después.* Si no suprimimos los hechos, nos daremos cuenta de que es la culpa humana la que ha conducido a la desgraciada separación de los cristianos y de que nuestros fallos dificultan siempre de nuevo el progreso hacia la unidad, que es posible y necesario. Quiero expresamente apropiarme lo que mi predecesor *Adriano VI,* en 1523, reconoció a la Dieta de Nuremberg: "Ciertamente no se ha acortado la mano del Señor, como si El no pu-

diera salvarnos: es nuestro pecado que nos separa de El... Todos nosotros, prelados y clérigos, nos hemos apartado del camino recto, y hace mucho tiempo que nadie practica el bien" (*cf. Sal* 14, 3). Por eso, todos debemos dar gloria a Dios, y humillarnos ante El. *Cada uno de caído y juzgarse gustosamente a sí mismo antes de que sea juzgado por Dios en el día de su ira.* Con el último Papa alemán, o más bien, holandés, digo: "La enfermedad está profundamente arraigada, y es múltiple; por eso hay que adelantar paso a paso y tratar, primero, con remedios adecuados los males peores y más peligrosos, para no empeorar las cosas más, con una reforma precipitada". Hoy, como entonces, la renovación de la vida cristiana es el primer y más importante paso hacia la unidad. "El auténtico ecumenismo no se da sin la conversión interior". (*Unitatis redintegratio, 7*).

Testimonio y servicio común

Mucho de lo que ha sucedido en vuestra patria, en el orden ecuménico, puede contribuir a este esfuerzo por la renovación y unificación. En ello se cuenta el que los separados se encontrarán juntos durante los años de comunes sufrimientos y angustias, el martirio de los que ofrecieron su vida por la unidad en Cristo, el prolongado y en buena parte común esfuerzo de estudio, por la unidad cristiana, la preparación conjunta de la versión común de la Sagrada Escritura, los contactos oficiales regulares, los siempre renovados esfuerzos para hacer frente unidos a las exigencias de nuestro tiempo, la reflexión, ecuménicamente inspirada, sobre la intención y el testimonio de la *Confessio Augustana* y la celebración del 450 aniversario de la misma, el encuentro en la comunidad de trabajo de las Iglesias cristianas "para el testimonio y servicio común" (par. 1, del estatuto de la ACK).

¡Gracias a Dios, de corazón, por todo ello! ¡Que El conceda a todos fuerza y ánimo para no desfallecer en los múltiples esfuerzos por la completa unidad! ¡Que El conceda que la buena semilla crezca y dé abundantes frutos!

Ciertamente lo decisivo dependerá de que nos unamos siempre más "en el testimonio y servicio común". La unidad de la Iglesia pertenece indiscutiblemente a su esencia. Ella no es ningún fin en sí misma. El Señor la da "para que el mundo crea" (*Jn* 17, 21). No escatimamos medios para testimoniar juntos lo que se nos ha dado en Cristo. El es el único "mediador entre Dios y los hombres" (1 *Tim* 2, 5). "En ningún otro hay salvación" (*Act* 4, 12). Todos los pasos dados hacia el centro nos comprometen y, a la vez, nos fortalecen para atrevernos a dar los pasos necesarios en dirección de nuestras her-

manas y hermanos. Como el amor del Señor, tampoco el recto *servicio* en su seguimiento conoce límites. Toca a todas las dimensiones de la existencia humana y a todos los ámbitos de nuestro tiempo. Comprometámonos conjuntamente en pro "de la recta estimación de la dignidad de la persona humana, de la formación del bien de la paz, en la aplicación social continuada del Evangelio, en el desarrollo de las ciencias y de las artes con espíritu cristiano, y también en el uso de toda clase de remedios contra las desgracias de nuestra época, como son el hambre y las calamidades, el analfabetismo y la miseria, la escasez de viviendas y la injusta distribución de los bienes" (*Unitatis redintegragio,* 12).

Seguir en la línea trazada por el Concilio

Al traer a la memoria estos requerimientos del decreto sobre el Ecumenismo, quisiera remitir al mismo tiempo a sus últimas palabras. Reconociendo que la "reconciliación de todos los cristianos en la unidad de la una y única Iglesia de Cristo excede las fuerzas y la capacidad humana", el Concilio pone "toda su esperanza en la oración de Cristo por la Iglesia, en el amor del Padre para con nosotros, en la virtud del Espíritu Santo. "Y la esperanza no quedará fallida, pues el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por la virtud del Espíritu Santo, que nos ha sido dado" (*Rom* 5, 5)" (*Unitatis redintegratio,* 24).

Oremos: ¡Señor, danos la fuerza de la esperanza, el fuego del amor, la luz de la fe! Oremos todos juntos como el Señor nos enseñó a orar:

"Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga a nosotros tu reino. Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy. Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal. Porque tuyo es el reino y el poder y la gloria por siempre. Amén".







La misericordia Divina

En la alocución dominical del 30 de noviembre, Juan Pablo II anunció al Pueblo de Dios la publicación de su Encíclica sobre la misericordia divina, cuyo texto completo, en versión castellana, ocupa las páginas principales de este número. El documento fue firmado por el Santo Padre ese mismo día, primer domingo de Adviento, y se hizo público el martes día 2 de diciembre. El texto oficial latino comienza con las palabras "Dives in misericordia (Deus)" que, como siempre, darán el nombre a la nueva Encíclica. Es la segunda del Papa Wojtyla. La primera, "Redemptor hominis", apareció con fecha del domingo 4 de marzo, primero de Cuaresma de 1979. Con ella empalma directa y claramente la "Dives in misericordia", "cuya principal finalidad —dice el Pontífice en la citada alocución (ver texto en Pág. 14)— es recordar el amor del Padre, revelado en toda la misión mesiánica de Cristo, comenzando desde su venida al mundo hasta el misterio pascual de su cruz y de la resurrección ". Se trata de un documento impresionante, deslumbrante, como la "Redemptor hominis", escrito con inmensa vibración espiritual y con un estilo muy peculiar, el estilo personal de Juan Pablo II. Un documento llamado a crear un clima nuevo entre los hombres, a los que considera con toda su tremenda problemática, en las cercanías del año 2.000, y les pone bajo la luz de la misericordia divina, centrando toda la atención de la Iglesia —la Iglesia de la misericordia— en Cristo Jesús, el Mesías. (La imagen del Redentor que reproducimos es del siglo XIII y se encuentra en el monasterio del Monte Athos).

Carta Encíclica de Juan Pablo II

a los obispos, sacerdotes y fieles cristianos de toda la Iglesia católica

VENERABLES HERMANOS, AMADISIMOS HIJOS E HIJAS:
¡SALUD Y BENDICION APOSTOLICA!

I. Quien me ve a mí, ve al Padre (cf. Jn. 14, 9)

1. *Revelación de la misericordia*

"DIOS RICO EN MISERICOR-

DIA" (1) es el que Jesucristo nos ha revelado como Padre; cabalmente su Hijo, en Sí mismo, nos lo ha manifestado y nos lo ha hecho conocer (2). A este respecto, es digno de recordar aquel momento en que Felipe, uno de los doce Apóstoles, dirigiéndose a Cristo, le dijo: "Señor, muéstranos al Padre y nos basta"; Jesús le respondió: "¿Tanto tiempo ha que estoy con vostros y no me habéis conocido...? El que me ha visto a mí ha visto al Padre" (3). Estas palabras fueron pronunciadas en el discurso de despedida, al final de la cena pascual, a la que siguieron los acontecimientos de aquellos días santos, en que debía quedar corroborado de una vez para siempre el hecho de que "Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, y estando nosotros muertos por nuestros delitos, nos dio vida por Cristo" (4).

Siguiendo las enseñanzas del Concilio Vaticano II y en correspondencia con las necesidades particulares de los tiempos en que vivimos, he dedicado la Encíclica *Redemptor hominis* a la verdad sobre el hombre, verdad que nos es revelada en Cristo, en toda su plenitud y profundidad. Una exigencia de no menor importancia, en estos tiempos críticos y nada fáciles, me impulsa a descubrir una vez más en el mismo Cristo el rostro del Padre, que es "misericordioso y Dios de todo consuelo" (5). Efectivamente, en la Constitución *Gaudium et spes* leemos: "Cristo, el nuevo Adán..., manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación": y esto lo hace "en la misma *revelación del misterio del Padre y de su amor*" (6). Las palabras citadas son un claro testimonio de que la manifestación del hombre en la plena dignidad de su naturaleza no puede tener lugar sin la referencia —no sólo conceptual, sino también íntegramente existencial— a Dios. El hombre y su vocación suprema se desvelan en Cristo *mediante* la revelación del misterio del Padre y de su amor.

Por esto mismo, es conveniente ahora que volvamos la mirada a este misterio: lo están sugiriendo múltiples experiencias de la Iglesia y del hombre contemporáneo; lo exigen también las invocaciones de tantos corazones humanos, con sus sufrimientos y esperanzas, sus angustias y expectación. Si es verdad que todo hombre es en cierto sentido la vía de la Iglesia —como dije en la Encíclica *Redemptor homonos*—, al mismo tiempo el Evangelio y toda su Tradición nos están indicando constantemente que hemos de recorrer esta vía con todo hombre, tal como *Cristo la ha trazado,* revelando en Sí mismo al Padre junto con su amor (7). En Cristo Jesús, todavía hacia el hombre, cual le ha sido confiada de una vez para siempre a la Iglesia

en el mutable contexto de los tiempos, es simultáneamente un caminar al encuentro con el Padre y su amor. El Concilio Vaticano II ha confirmado esta verdad según las exigencias de nuestros tiempos.

Cuanto más se centre en el hombre la misión desarrollada por la Iglesia; cuanto más sea, por decirlo así, antropocéntrica, tanto más debe corroborarse y realizarse teocéntricamente, esto es, orientarse al Padre en Cristo Jesús. Mientras las diversas corrientes del pensamiento humano en el pasado y en el presente han sido y siguen siendo propensas a dividir e incluso contraponer el teocentrismo y el antropocentrismo, la Iglesia en cambio, siguiendo a Cristo, trata de unirlos en la historia del hombre de manera orgánica y profunda. Este es también uno de los principios fundamentales, y quizás el más importante, del Magisterio del útlimo Concilio. Si pues en la actual fase de la historia de la Iglesia nos proponemos como cometido preeminente *actuar la doctrina* del gran Concilio, debemos en consecuencia volver sobre este principio con fe, con mente abierta y con el corazón. Ya en mi citada Encíclica he tratado de poner de relieve que el ahondar y enriquecer de múltiples formas la conciencia de la Iglesia, fruto del mismo Concilio, debe abrir más ampliamente nuestra inteligencia y nuestro corazón a Cristo mismo. Hoy quiero añadir que la apertura a Cristo, que en cuanto Redentor del mundo "revela plenamente el hombre al mismo hombre", no puede llevarse a efecto más que a través de una referencia cada vez más madura al Padre y a su amor.

2. *Encarnación de la misericordia*

Dios, que "habita una luz inaccesible" (8), habla a la vez al hombre con el lenguaje de todo el cosmos: "en efecto, desde la creación del mundo, lo invisible de Dios, su eterno poder y divinidad, son conocidos mediante las obras" (9). Este conocimiento indirecto e imperfecto, obra del entendimiento que busca a Dios por medio de las criaturas a través del mundo visible, no es aún "visión del Padre". A Dios nadie lo ha visto", escribe San Juan para dar mayor relieve a la verdad según la cual "precisamente el Hijo unigénito que está en el seno del Padre, éste le ha dado a conocer" (10). Esta "revelación" manifiesta a Dios en el insondable misterio de su ser —uno y trino— rodeado de "luz inaccesible" (11). No obstante, mediante esta "revelación" de Cristo conocemos a Dios, sobre todo en su relación de amor hacia el hombre: en su "filantropía" (12). Es justamente ahí donde "sus perfecciones invisibles" se hacen de modo especial "visibles", incompa-

rablemente más visibles que a través de todas las demás "obras realizadas por él": tales perfecciones se hacen *visibles en Cristo y por Cristo*, a través de sus acciones y palabras y, finalmente, mediante su muerte en la cruz y su resurrección.

De este modo en Cristo y por Cristo, se hace también particularmente visible Dios en su misericordia, esto es, se pone de relieve el atributo de la divinidad, que ya el Antiguo Testamento, sirviéndose de diversos conceptos y términos, definió "*misericordia*". Cristo confiere un significado definitivo a toda la tradición véterotestamentaria de la misericordia divina. No sólo habla de ella y la explica usando semejanzas y parábolas, sino que además, y ante todo, *El mismo la encarna y personifica. El mismo es, en cierto sentido, la misericordia.* Para quien la ve en él —y en él la encuentra— Dios se hace concretamente "visible como Padre "rico en misericordia" (13).

La mentalidad contemporánea, quizás en mayor medida que la del hombre del pasado, perece oponerse al Dios de la misericordia y tiende además a dejar al margen de la vida y arrancar del corazón humano la idea misma de la misericordia. La palabra y el concepto de "misericordia" parece producir una cierta desazón en el hombre, quien, gracias a los adelantos tan enormes de la ciencia y de la técnica, como nunca fueron conocidos antes en la historia, se ha hecho dueño y ha dominado la tierra mucho más que en el pasado (14). Tal dominio sobre la tierra, entendido a veces unilateral y superficialmente, parece no dejar espacio a la misericordia. A este respecto, podemos sin embargo recurrir de manera provechosa a la imagen "de la condición del hombre en el mundo contemporáneo", tal cual es delineada al comienzo de la Constitución *Gaudium et spes*. Entre otras, leemos allí las siguientes frases: "De esta forma, el mundo moderno aparece a la vez poderoso y débil, capaz de lo mejor y de lo peor, pues tiene abierto el camino para optar entre la libertad o la esclavitud, entre el progreso o el retroceso, entre la fraternidad o el odio. El hombre sabe muy bien que está en su mano el dirigir correctamente las fuerzas que él ha desencadenado, y que pueden aplastale o servirle" (15).

La situación del mundo contemporáneo pone de manifiesto no sólo transformaciones tales que hacen esperar *en un futuro mejor del hombre sobre la tierra,* sino que revela también múltiples *amenazas,* que sobrepasan con mucho las hasta ahora conocidas. Sin cesar de denunciar tales amenazas en diversas circunstancias (como en las intervenciones ante la ONU, la UNESCO, la FAO y en otras partes) la Iglesia debe examinarlas al mismo tiempo a la luz de la verdad recibida de Dios.

Revelada en Cristo, la verdad acer-

ca de Dios como "Padre de la misericordia" (16), nos permite "verlo" especialmente cercano al hombre, sobre todo cuando sufre, cuando está amenazado en el núcleo mismo de su existencia y de su dignidad. Debido a esto, en la situación actual de la Iglesia y del mundo, muchos hombres y muchos ambientes guiados por un vivo sentido de la fe se dirigen, yo diría casi espontáneamente, a la misericordia de Dios. Ellos son ciertamente impulsados a hacerlo por Cristo mismo, el cual, mediante su Espíritu, actúa en lo íntimo de los corazones humanos. En efecto, revelado por El, el misterio de Dios "Padre de la misericordia" constituye, en el contexto de las actuales amenazas contra el hombre, comó una llamada singular dirigida a la Iglesia.

En la presente Encíclica deseo acoger esta llamada; deseo recurrir al lenguaje eterno —y al mismo tiempo incomparable por su sencillez y profundidad— de la Revelación y de la fe, para expresar precisamente con él una vez más, ante Dios y ante los hombres, las grandes preocupaciones de nuestro tiempo.

En efecto, la Revelación y la fe nos enseñan no tanto a meditar en abstracto el misterio de Dios, como "Padre de la misericordia", cuanto a recurrir a esta misma misericordia en el nombre de Cristo y en unión con El. ¿No ha dicho quizá Cristo que nuestro Padre, que "ve lo secreto" (17), espera, se diría que continuamente, que nosotros, recurriendo a El en toda necesidad, escrutemos cada vez más su misterio: el misterio del Padre y de su amor? (18).

Deseo pues que estas consideraciones hagan más cercano a todos tal misterio y que sean al mismo tiempo una vibrante llamada de la Iglesia a la misericordia, de la que el hombre y el mundo contemporáneo tienen tanta necesidad. Y tienen necesidad, aunque con frecuencia no lo saben.

II. Mensaje mesiánico

3. *Cuando Cristo comenzó a hacer y a enseñar*

Ante sus conciudadanos, en Nazaret, Cristo hace alusión a las palabras del Profeta Isaías: "El Espíritu del Señor, está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres; me envió a predicar a los cautivos la libertad, a los ciegos la recuperación de la vista; para poner en libertad a los oprimidos, para anunciar un año de gracia del Señor" (19). Estas frases, según San Lucas, son *su primera declaración mesiánica,* a la que siguen los hechos y palabras conocidos a través del Evangelio. Mediante tales hechos y palabras, Cristo hace presente al Padre entre los hombres. Es altamente significativo que estos hombres sean en primer lugar los pobres, carentes de medios de

subsistencia los privados de libertad, los ciegos que no ven la belleza de la creación, los que viven en aflicción de corazón o sufren a causa de la injusticia social, y finalmente los pecadores. Con relación a éstos especialmente, Cristo se convierte sobre todo en signo legible de Dios que es amor; se hace signo del Padre. En tal signo visible, al igual que los hombres de aquel entonces, también los hombres de nuestros tiempos pueden ver al Padre.

Es significativo que, cuando los mensajeros enviados por Juan Bautista llegaron donde estaba Jesús para preguntarle: "¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro? (20). El, recordando el mismo testimonio con que había inaugurado sus enseñanzas en Nazaret, haya respondido: "Id y comunicad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados", para concluir diciendo: "y bienaventurado quien no se escandaliza de mí (21).

Jesús, sobre todo con su estilo de vida y con sus acciones, ha demostrado cómo *en el mundo* en que vivimos *está presente el amor,* el amor operante, el amor que se dirige al hombre y abraza todo lo que forma su humanidad. Este amor se hace notar particularmente en el contacto con el sufrimiento, la injusticia, la pobreza; en contacto con toda la "condición humana" histórica, que de distintos modos manifiesta la limitación y la fragilidad del hombre, bien sea física, bien sea moral. Cabalmente el modo y el ámbito en que se manifiesta el amor es llamado "misericordia" en el lenguaje bíblico.

Cristo pues revela a Dios que es Padre, que es "amor", como diría San Juan en su primera Carta (22); revela a Dios "rico en misericordia", como leemos en San Pablo (25). Esta verdad, más que tema de enseñanza, constituye una realidad que Cristo nos ha hecho presente. *Hacer presente al Padre en cuanto amor y misericordia* es, en la conciencia de Cristo mismo, la prueba fundamental de su misión de Mesías; lo corroboran las palabras pronunciadas por El primeramente en la sinagoga de Nazaret y más tarde ante sus discípulos y ante los enviados por Juan Bautista.

En base a tal modo de manifestar la presencia de Dios que es Padre, amor y misericordia, Jesús hace de la misma misericordia uno de los *temas* principales, de su *predicación.* Como de costumbre, también aquí enseña preferentemente "en parábolas", debido a que éstas expresan mejor la esencia misma de las cosas. Baste recordar la parábola del hijo pródigo (24) o la del buen samaritano (25) y también —como contraste— la parábola del siervo inicuo (26). Son muchos los pasos de las enseñanzas de Cristo que ponen de manifiesto el amor-misericordia ba-

jo un aspecto siempre nuevo. Basta tener ante los ojos al Buen Pastor en busca de la oveja extraviada (27) o la mujer que barre la casa buscando la dracma perdida (28). El Evangelista que trata con detalle estos temas en las enseñanzas de Cristo es Lucas, cuyo Evangelio ha merecido ser llamado "el Evangelio de la misericordia".

Cuando se habla de la predicación, se plantea un problema de capital importancia por lo que se refiere al significado de los términos y al contenido del concepto, sobre todo *del concepto de "misericordia" (en su relación con el concepto de "amor")*. Comprender esos contenidos es la clave para entender la realidad misma de la misericordia. Y es esto lo que realmente nos importa. No obstante, antes de dedicar ulteriormente una parte de nuestras consideraciones a este tema, es decir, antes de establecer el significado de los vocablos y el contenido propio del concepto de "misericordia", es necesario constatar que Cristo, al revelar el amor-misericordia de Dios, *exigía* al mismo tiempo *a los hombres* que a su vez se dejasen guiar en su vida por el amor y la misericordia. Esta exigencia forma parte del núcleo mismo del mensaje mesiánico y constituye la esencia del *ethos* evangélico. El Maestro lo expresa bien sea a través del mandamiento definido por El como "el más grande" (29), bien en forma de bendición, cuando en el discurso de la montaña proclama: "Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia" (30).

De este modo, el mensaje mesiánico acerca de la misericordia conserva una particular dimesión divino-humana. Cristo —en cuanto cumplimiento de las profecías mesiánicas—, al convertirse en la encarnación del amor que se manifiesta con peculiar fuerza respecto a los que sufren, a los infelices y a los pecadores, hace presente y revela de este modo, más plenamente al Padre, que es Dios "rico en misericordia". Asimismo, al convertirse para los hombres en modelo del amor misericordioso hacia los demás, Cristo proclama con las obras, más que con las palabras, la apelación a la misericordia que es una de la componentes esenciales del *ethos* evangélico. En este caso no se trata sólo de cumplir un mandamiento o una exigencia de naturaleza ética, sino también de satisfacer una condición de capital importancia, a fin de que Dios pueda revelarse en su misericordia hacia el hombre: ...los misericordiosos... alcanzarán misericordia.

III. El Antiguo Testamento

4. El concepto de "misericordia" tiene en el Antiguo Testamento una larga y rica historia. Debemos remontarnos hasta ella para que

resplandezca más plenamente la misericordia revelada por Cristo. Al revelarla con sus obras y sus enseñanzas, El se estaba dirigiendo a hombres que no sólo conocían el concepto de misericordia, sino que además, *en cuanto Pueblo de Dios de la Antigua Alianza,* habían sacado de su historia plurisecular *una experiencia pecular de la misericordia de Dios.* Esta experiencia era social y comunitaria, como también individual e interior.

Efectivamente, Israel fue el pueblo de la alianza con Dios, alianza que rompió muchas veces. Cuando a su vez adquiría conciencia de la propia infidelidad —y a lo largo de la historia de Israel no faltaron Profetas y hombres que despertaban tal conciencia— se apelaba a la misericordia. A este respecto los Libros del Antiguo Testamento nos ofrecen muchísimos testimonios. Entre los hechos y textos de mayor relieve se pueden recordar: el comienzo de la historia de los Jueces (31), la oración de Salomón al inaugurar el templo (32), una parte de la intervención profética de Miqueas (33), las consoladoras garantías ofrecidas por Isaías (34), la súplica de los hebreos desterrados (35), la renovación de la alianza después de la vuelta del exilio (36).

Es significativo que los Profetas en su predicación pongan la misericordia, a la que recurren con frecuencia debido a los pecados del pueblo, en conexión con la imagen incisiva del amor por parte de Dios. El Señor ama a Israel con el amor de una peculiar elección, semejante al amor de un esposo (37), y por esto perdona sus culpas e incluso sus infidelidades y traiciones. Cuando se ve frente a la penitencia, a la conversión auténtica, devuelve de nuevo la gracia a su pueblo (38). En la predicación de los Profetas *la misericordia significa una potencia especial del amor, que prevalece sobre el pecado y la infidelidad* del pueblo elegido.

En este amplio contexto "social", la misericordia aparece como elemento correlativo de la experiencia interior de cada una de las personas, que versan en estado de culpa o padecen toda clase de sufrimientos y desventuras. *Tanto el mal físico como el mal moral o pecado hacen* que los hijos e hijas de Israel se dirijan al Señor recurriendo a su misericordia. Así lo hace David, con conciencia de la gravedad de su culpa (39). Y así lo hace también Job, después de sus rebeliones, en medio de su tremenda desventura (40). A él se dirige igualmente Ester, consciente de la amenaza mortal a su pueblo (41). En los Libros del Antiguo Testamento podemos ver otros muchos ejemplos (42).

En el origen de esta multiforme convicción comunitaria y personal, como puede comprobarse por todo el Antiguo Testamento a lo largo de los siglos, se coloca la experiencia

fundamental del pueblo elegido, vivida en tiempos del éxodo: el Señor vio la miseria de su pueblo, reducido a la esclavitud, oyó su grito, conoció sus angustias y decidió liberarlo (43). En este acto de salvación llevado a cabo por el Señor, el Profeta supo individuar su amor y compasión (44). Es aquí precisamente donde radica la seguridad que abriga todo el pueblo y cada uno de sus miembros en la misericordia divina, que se puede invocar en circunstancias dramáticas.

A esto se añade el hecho de que la miseria del hombre es también su pecado. El pueblo de la Antigua Alianza conoció esta miseria desde los tiempos del éxodo, cuando levantó el becerro de oro. Sobre este gesto de ruptura de la alianza, triunfó el Señor mismo, manifestándose solemnemente a Moisés como "Dios de ternura y de gracia, lento a la ira y rico en misericordia y fidelidad" (45). Es en esta revelación central donde el pueblo elegido y cada uno de sus miembros encontrarán, después de toda culpa, la fuerza y la razón para dirigirse al Señor con el fin de recordarle lo que El exactamente había revelado de Sí mismo (46) y para implorar su perdón.

Y así, tanto en sus hechos como en sus palabras, el Señor ha revelado su misericordia desde los comienzos del pueblo que escogió para Sí y, a lo largo de la historia, este pueblo se ha confiado continuamente, tanto en las desgracias como en la toma de conciencia de su pecado, al Dios de las misericordias. Todos los matices del amor se manifiestan en la misericordia del Señor para con los suyos: El es su Padre (47), ya que Israel es su hijo primogénito (48); El es también esposo de la que el Profeta anuncia con un nombre nuevo, *ruhama, "muy amada"*, porque será tratada con misericordia (49).

Incluso cuando, exasperado por la infidelidad de su pueblo, el Señor decide acabar con él, siguen siendo la ternura y el amor generoso para con el mismo lo que le hace superar su cólera (50). Es fácil entonces comprender por qué los Salmistas, cuando desean cantar las alabanzas más sublimes del Señor, entonan himnos al Dios del amor, de la ternura, de la misericordia y de la fidelidad (51).

De todo esto se deduce que la misericordia no pertenece únicamente al concepto de Dios, sino que es algo que caracteriza la vida de todo el pueblo de Israel y también de sus propios hijos e hijas: *es el contenido de la intimidad con su Señor,* el contenido de su diálogo con El. Bajo este aspecto precisamente la misericordia es presentada en los Libros del Antiguo Testamento con una gran riqueza de expresiones. Sería quizá difícil buscar en estos Libros una respuesta puramente teórica a la pregunta sobre en qué consiste la misericordia en sí misma. No obs-

tante, ya la *terminología* que en ellos se utiliza puede decirnos mucho a tal respecto (52).

El Antiguo Testamento proclama la misericordia del Señor sirviéndose de múltiples términos de significado afín entre ellos; se diferencian en su contenido peculiar, *pero tienden podríamos decir— desde angulaciones diversas hacia un único contenido fundamental* para expresar su riqueza trascendental y al mismo tiempo acercarla al hombre bajo distintos aspectos. El Antiguo Testamento anima a los hombres desventurados, en primer lugar a quienes versan bajo el peso del pecado —al igual que a todo Israel que se había adherido a la alianza con Dios—, *a recurrir a la misericordia* y les concede contar con ella: la recuerda en los momentos de caída y de desconfianza. Luego, da *gracias* y *gloria* por la misericordia cada vez que se ha manifestado y cumplido, bien sea en la vida del pueblo, bien en la vida de cada individuo.

De este modo, la misericordia se contrapone en cierto sentido a la justicia divina y se revela en multitud de casos no sólo más poderosa, sino también más profunda que ella. Ya el Antiguo Testamento enseña que, si bien la justicia es auténtica virtud en el hombre y, en Dios, significa la perfección trascendente, sin embargo el amor es más "grande" que ella: es más grande en el sentido de que es primario y fundamental. El amor, por así decirlo, condiciona a la justicia y en definitiva la justicia es servidora de la caridad. La primacía y la superioridad del amor respecto a la justicia (lo cual es característico de toda la revelación) *se manifiestan* precisamente a través de la *misericordia.* Esto pareció tan claro a los Salmistas y a los Profetas que el término mismo de *justicia* terminó por significar la salvación llevada a cabo por el Señor y su misericordia (53). *La misericordia difiere de la justicia pero no está en contraste con ella,* siempre que admitamos en la historia del hombre —como lo hace el Antiguo Testamento— la presencia de Dios, el cual ya en cuanto creador se ha vinculado con especial amor a su criatura. El amor, por su naturaleza, excluye el odio y el deeso del mal respecto a aquel a quien ya ha hecho donación de Sí mismo: *nihil odisti eorum quae fecisti*: "nada aborreces de lo que has hecho" (54). Estas palabras indican el fundamento profundo de la relación entre la justicia y la misericordia en Dios, en sus relaciones con el hombre y con el mundo. Nos están diciendo que debemos buscar las raíces vivificantes y las razones íntimas de esta relación remontándonos al "principio", *en el misterio mismo de la creación.* Ya en el contexto de la Antigua Alianza anuncian de antemano la plena revelación de Dios que "es amor" (55).

Con el misterio de la creación está

vinculado *el misterio de la elección*, que ha plasmado de manera especial la historia del pueblo, cuyo padre espiritual es Abraham en virtud de su fe. Sin embargo, mediante este pueblo que camina a lo largo de la historia, tanto de la Antigua como de la Nueva Alianza, ese misterio de la elección se refiere a cada hombre, a toda la gran familia humana: "Con amor eterno te amé, por eso te he mantenido mi favor" (56). "Aunque se retiren los montes..., no se apartará de ti mi amor, ni mi alianza de paz vacilará" (57). Esta verdad, anunciada un día a Israel, lleva dentro de sí la perspectiva de la historia entera del hombre: *perspectiva* que es a la vez *temporal* y *escatológica* (58). Cristo revela al Padre en la misma perspectiva y sobre un terreno ya preparado, como lo demuestran amplias páginas de los escritos del Antiguo Testamento. Al final de tal revelación, en la víspera de su muerte, dijo El al Apóstol Felipe estas memorables palabras: "¿Tanto tiempo ha que estoy con vosotros y no me habéis conocido? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (59).

IV. La parábola del hijo pródigo

5. Analogía

Ya en los umbrales del Nuevo Testamento resuena en el Evangelio de San Lucas una correspondencia singular entre dos términos referentes a la misericordia divina, en los que se refleja intensamente toda la tradición véterotestamentaria. Aqui hallan expresión aquellos contenidos semánticos vinculados a la terminología diferenciada de los Libros Antiguos. He ahí a *María* que, entrando en casa de Zacarías, *proclama* con toda su alma la *grandeza* del Señor *"por su misericordia"*, de la que *"de generación en generación"* se hacen partícipes los hombres que viven en el temor de Dios. Poco después, recordando la elección de Israel, Ella proclama la misericordia, de la que "se recuerda" desde siempre el que la escogió a Ella (60). Sucesivamente, al nacer Juan Bautista, en la misma casa su padre *Zacarías*, bendiciendo al Dios de Israel, glorifica la misericordia que ha concedido "a nuestros padres y *se ha recordado de su santa alianza*" (61).

En las enseñanzas de Cristo mismo, esta imagen heredada del Antiguo Testamento se *simplifica* y a la vez se *profundiza*. Esto se ve quizá con más evidencia en la parábola del hijo pródigo (62), donde la esencia de la misericordia divina, aunque la palabra "misericordia" no se encuentre allí, se expresa sin embargo de manera particularmente límpida. A ello contribuye no tanto la terminología, como en los libros véterotestamentarios, cuando la analogía que

permite comprender más plenamente el misterio mismo de la misericordia en cuanto drama profundo que se desarrolla entre el amor del padre y la prodigalidad y el pecado del hijo.

Aquel hijo, que recibe del padre la parte de patrimonio que le corresponde y abandona la casa para malgastarla en un país lejano, "viviendo disolutamente", es en cierto sentido el hombre de todos los tiempos, comenzando por aquél que primeramente perdió la herencia de la gracia y de la justicia original. La analogía en este punto es muy amplia. La parábola toca indirectamente toda clase de rupturas de la alianza de amor, toda pérdida de la gracia, todo pecado. En esta analogía se pone menos de relieve la infidelidad de todo el pueblo de Israel, respecto a cuanto ocurría en la tradición profética, aunque también a esa infidelidad se puede aplicar la *analogía del hijo pródigo*. Aquel hijo, "cuando hubo gastado todo . . ., comenzó a sentir necesidad", tanto más cuanto que sobrevino una gran carestía "en el país", al que había emigrado después de abandonar la casa paterna. En este estado de cosas "hubiera querido saciarse" con algo, incluso "con las bellotas que comían los puercos" que él mismo pastoreaba por cuenta de "uno de los habitantes de aquella región". Pero también esto le estaba prohibido.

La analogía se desplaza claramente hacia el interior del hombre. El patrimonio que aquel tal había recibido de su padre era un recurso de bienes materiales, pero más importante que estos bienes materiales era *su dignidad de hijo en la casa paterna*. La situación en que llegó a encontrarse al perder los bienes materiales, le debía hacer consciente, por necesidad, de la pérdida de esa dignidad. El no había pensado en ello anteriormente, cuando pidió a su padre que le diese la parte del patrimonio que le correspondía, con el fin de marcharse. Y parece que tampoco sea consciente ahora, cuando se dice a sí mismo: "Cuántos asalariados en casa de mi padre tienen pan en abundancia y yo aquí me muero de hambre!". El se mide a sí mismo con el metro de los bienes que había perdido y que ya no posee", mientras que los asalariados en casa de su padre los "poseen". Estas palabras se refieren ante todo a una relación con los bienes materiales. No obstante, bajo estas palabras se esconde el drama de la dignidad perdida, la conciencia de la filiación echada a perder.

Es entonces cuando toma la decisión: "Me levantaré e *iré a mi padre y le diré: Padre, he pecado,* contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo. Trátame como a uno de tus jornaleros" (63). Palabras, éstas, que revelan más a fondo el problema esencial. A través

de la compleja situación material, en que el hijo pródigo había llegado a encontrarse debido a su ligereza, a causa del pecado, había ido madurando el sentido de la dignidad perdida. Cuando él decide volver a la casa paterna y pedir a su padre que lo acoja —ya no en virtud del derecho de hijo, sino en condiciones de mercenario— parece externamente que obra por razones del hambre y de la miseria en que ha caído; pero este motivo está impregnado por la conciencia de una pérdida más profunda: ser *un jornalero en la casa del propio padre* es ciertamente una gran humillación y vergüenza. No obstante, el hijo pródigo está dispuesto a afrontar tal humillación y vergüenza. Se da cuenta de que ya no tiene ningún otro derecho, sino el de ser mercenario en la casa de su padre. Su decisión es tomada en plena conciencia de lo que merece y de aquello a lo que puede aún tener derecho según las normas de la justicia. Precisamente este razonamiento demuestra que, en el centro de la conciencia del hijo pródigo, emerge el sentido de la dignidad perdida, de aquella dignidad que brota de la relación del hijo con el padre. Con esta decisión emprende el camino.

En la parábola del hijo pródigo no se utiliza, ni siquiera una sola vez, el término "justicia"; como tampoco, en el texto original, se usa la palabra "misericordia"; sin embargo, *la relación de la justicia con el amor, que se manifiesta como misericordia* está inscrito con gran precisión en el contenido de la parábola evangélica. Se hace más obvio que el amor se transforma en misericordia, cuando hay que superar la norma precisa de la justicia: precisa y a veces demasiado estrecha. El hijo pródigo, consumadas las riquezas recibidas de su padre, merece —a su vuelta— ganarse la vida trabajando como jornalero en la casa paterna y eventualmente conseguir poco a poco una cierta provisión de bienes materiales; pero quizá nunca en tanta cantidad como había malgastado. Tales serían las exigencias del orden de la justicia; tanto más cuanto que aquel hijo no sólo había disipado la parte de patrimonio que le correspondía, sino que además *había tocado en lo más vivo y había ofendido a su padre* con su conducta. Esta, que a su juicio le había desposeído de la dignidad filial, no podía ser indiferente a su padre; debía hacerle sufrir y en algún modo incluso implicarlo. Pero en fin de cuentas se trataba del propio hijo y tal relación no podía ser alienada, ni destruída por ningún comportamiento. El hijo pródigo era consciente de ello y es precisamente tal conciencia lo que le muestra con claridad la dignidad perdida y lo que le hace valorar con rectitud el puesto que podía corresponderle aún en casa de su padre.

6. Reflexión particular sobre la dignidad humana

Esta *imagen concreta del estado de ánimo del hijo pródigo nos permite comprender con exactitud en qué consiste la misericordia divina.* No hay lugar a dudas de que en esa analogía sencilla pero penetrante la figura del progenitor nos revela a Dios como Padre. El comportamiento del padre de la parábola, su modo de obrar que pone de manifiesto su actitud interior, nos permite hallar cada uno de los hilos de la visión véterotestamentaria de la misericordia, en una síntesis completamente nueva, llena de sencillez y de profundidad. El padre del hijo pródigo *es fiel a su paternidad, fiel al amor* que desde siempre sentía por su hijo. Tal fidelidad se expresa en la parábola no sólo con la inmediata prontitud en acogerlo cuando vuelve a casa después de haber malgastado el patrimonio; se expresa aún más plenamente con aquella alegría, con aquel júbilo tan generoso respecto al disipador después de su vuelta, de tal manera que suscita contrariedad y envidia en el hermano mayor, quien no se había alejado nunca del padre ni había abandonado la casa.

La fidelidad a sí mismo por parte del padre —un comportamiento ya conocido por el término véterotestamentario *"hesed"*— es expresada al mismo tiempo de manera singularmente impregnada de amor. Leemos en efecto que cuando el padre divisó de lejos al hijo pródigo que volvía a casa, "le salió *conmovido* al encuentro, le echó los brazos al cuello y lo besó" (64). Está obrando ciertamente a impulsos de un profundo afecto, lo cual explica también su generosidad hacia el hijo, aquella generosidad que indigna tanto al hijo mayor. Sin embargo, las causas de la conmoción hay que buscarlas más en profundidad. Sí. el padre es conciente de que se ha salvado un bien fundamental: el bien de la humanidad de su hijo. Si bien éste había malgastado el patrimonio, *no obstante ha quedado a salvo su humanidad.* Es más *ésta ha sido de algún modo encontrada de nuevo.* Lo dicen las palabras dirigidas por el padre al hijo mayor: "Había que hacer fiesta y alegrarse porque este hermano tuyo había muerto y ha resucitado, se había perdido y ha sido hallado" (65). En el mismo capítulo XV del Evangelio de Lucas, leemos las parábolas de la oveja extraviada (66), y sucesivamente la de la dracma perdida (67). Se pone siempre de relieve la misma alegría, presente en el caso del hijo pródigo. La fidelidad del padre a sí mismo está totalmente centrada en la humanidad del hijo perdido, en su dignidad. Así se explica ante todo la alegre conmoción por su vuelta a casa.

Prosiguiendo, se puede decir, por tanto, que el amor hacia el hijo, el

amor que brota de la esencia misma de la paternidad, obliga en cierto sentido al padre a tener solicitud por la dignidad del hijo. Esta solicitud constituye la medida de su amor, como escribía San Pablo: "La caridad es paciente, es benigna , no es interesada no se irrita, no piensa mal . . . , se complace en la verdad..., todo lo espera, todo lo tolera" y "no pasa jamás" (68). La misericordia —tal como Cristo nos la ha presentado en la parábola del hijo pródigo— *tiene la forma interior del amor*, que en el Nuevo Testamento se llama *agapé*. Tal amor es capaz de inclinarse hacia todo hijo pródigo, toda miseria humana y singularmente hacia toda miseria moral o pecado. Cuando esto ocurre, el que es objeto de misericordia no se siente humillado, sino como hallado de nuevo y "revalorizado". El padre le manifiesta, particularmente, su alegría por haber sido "hallado de nuevo" y por "haber resucitado". Esta alegría indica un bien inviolado: un hijo, por más que sea pródigo, no deja de ser hijo real de su padre; indica además un bien hallado de nuevo que en el caso del hijo pródigo fue la vuelta a la verdad de sí mismo.

Lo que ha ocurrido en la relación del padre con el hijo, en la parábola de Cristo, no se puede valorar "desde fuera". Nuestros prejuicios en torno al tema de la misericordia son a lo más el resultado de una valoración exterior. Ocurre a veces que, siguiendo tal sistema de valoración, *percibimos principalmente en la misericordia una relación de desigualdad* entre el que la ofrece y el que la recibe. Consiguientemente estamos dispuestos a deducir que la misericordia difama a quien la recibe y ofende la dignidad del hombre. La parábola del hijo pródigo demuestra cuán *diversa es* la realidad: la relación de misericordia se funda en la común experiencia de aquel bien que es el hombre, en la común experiencia de la dignidad que le es propia. Esta experiencia común hace que el hijo pródigo comience a verse a sí mismo y sus acciones con toda verdad (semejante visión en la verdad es auténtica humildad); en cambio, para el padre, y precisamente por esto, el hijo se convierte en un bien particular: el padre ve el bien que se ha realizado con una claridad tan límpida, gracias a una irradiación misteriosa de la verdad y del amor, que parece olvidarse de todo el mal que el hijo había cometido.

La parábola del hijo pródigo expresa de manera sencilla, pero profunda, *la realidad de la conversión*. Esta es la expresión más concreta de la obra del amor y de la presencia de la misericordia en el mundo humano. El significado verdadero y propio de la misericordia no consiste únicamente en la mirada, aunque sea la más penetrante y compasiva, dirigida al mal moral físico o material: la misericordia se manifiesta en su

aspecto verdadero y propio, cuando revalida, promueve y *extrae el bien de todas las formas de mal* existentes en el mundo y en el hombre. Así entendida, constituye el contenido fundamental del mensaje mesiánico de Cristo y la fuerza constitutiva de su misión. Así entendían también y practicaban la misericordia sus discípulos y seguidores. Ella no cesó nunca de revelarse, en sus corazones y en sus acciones, como una prueba singularmente creadora del amor que no se deja "vencer por el mal", sino que "vence con el bien al mal" (69).

Es necesario que el rostro genuino de la misericordia sea siempre desvelado de nuevo. No obstante múltiples prejuicios, ella se presenta particularmente necesaria en nuestros tiempos.

V. El misterio pascual

7. *Misericordia revelada en la cruz y en la resurrección*

El mensaje mesiánico de Cristo y su actividad entre los hombres terminan con la cruz y la resurrección. Debemos penetrar hasta lo hondo en este acontecimiento final que, de modo especial en el lenguaje conciliar, es definido *mysterium paschale,* si queremos expresar profundamente la verdad de la misericordia, tal como ha sido hondamente revelada en la historia de nuestra salvación. En este punto de nuestras consideraciones, tendremos que acercarnos más aún al contenido de la Encíclica *Redemptor hominis.* En efecto, si la realidad de la redención, en su dimensión humana, devela la grandeza inaudita del hombre, *que mereció tener tan gran Redentor* (70), al mismo tiempo yo diría que la *dimensión divina de la redención* nos peprmite, en el momento más empírico e "histórico", desvelar la profundidad de aquel amor que no se echa atrás ante el extraordinario sacrificio del Hijo, para colmar la fidelidad del Creador y Padre respecto a los hombres creados a su imagen y ya desde el "principio" elegidos, en este Hijo, para la gracia y la gloria.

Los acontecimientos del Viernes Santo y, aun antes, la oración en Getsemaní, introducen en todo el curso de la revelación del amor y de la misericordia, en la misión mesiánica de Cristo, un cambio fundamental. El que "pasó haciendo el bien y sanando" (71), "curando toda clase de dolencias y enfermedades" (72). El mismo parece merecer ahora la más grande misericordia y *apelarse a la misericordia* cuando es arrestado, ultrajado, condenado, flagelado, coronado de espinas; cuando es clavado en la cruz y expira entre terribles tormentos (73). Es entonces cuando merece de modo particular la misericordia de los hombres, a quienes ha hecho el bien, y no la recibe.

Incluso aquellos que están más cercanos a El, no saben protegerlo y arrancarlo de las manos de los opresores. En esta etapa final de la misión mesiánica se cumplen en Cristo las palabras pronunciadas por los Profetas, sobre todo Isaías, acerca del Siervo de Yavé: "por sus llagas hemos sido curados" (74).

Cristo, en cuanto hombre que sufre realmente y de modo terrible en el Huerto de los Olivos y en el Calvario, se dirige al Padre, a aquel Padre, cuyo amor ha predicado a los hombres, cuya misericordia ha testimoniado con todas sus obras. Pero no le es ahorrado —precisamente a El— el tremendo sufrimiento de la muerte en cruz: *"a quien no conoció el pecado, Dios le hizo pecado por nosotros"* (75), escribía San Pablo, resumiendo en pocas palabras toda la profundidad del misterio de la cruz y a la vez la dimensión divina de la realidad de la redención. Justamente esta redención es la revelación última y definitiva de la santidad de Dios, que es la plenitud absoluta de la perfección: plenitud de la justicia y del amor, ya que la justicia se funda sobre el amor, mana de él y tiende hacia él. En la pasión y muerte de Cristo —en el hecho de que el Padre no perdonó la vida a su Hijo, sino que lo "hizo pecado por nosotros" (76)—, se expresa la justicia absoluta, porque Cristo sufre la pasión y la cruz a causa de los pecados de la humanidad. Esto es incluso una "sobreabundancia" de la justicia, ya que los pecados del hombre son "compensados" por el sacrificio del Hombre-Dios. Sin embargo, tal justicia, que es propiamente justicia "a medida" de Dios, nace toda ella del amor: del amor del Padre y del Hijo, y fructifica toda ella en el amor. Precisamente por esto la justicia divina, revelada en la cruz de Cristo, es "a medida" de Dios, porque nace del amor y se completa en el amor, generando frutos de salvación. *La dimensión divina de la redención* no se actúa solamente haciendo justicia del pecado, sino restituyendo al amor su fuerza creadora en el interior del hombre, gracias a la cual él tiene acceso de nuevo a la plenitud de vida y de santidad, que viene de Dios. De este modo, la redención comporta la revelación de la misericordia en su plenitud.

El misterio pascual es el culmen de esta revelación y actuación de la misericordia, que es capaz de justificar al hombre, de restablecer la justicia en el sentido del orden salvífico querido por Dios desde el principio para el hombre y, mediante el hombre, en el mundo. Cristo que sufre, habla sobre todo al hombre, y no solamente al creyente. También el hombre no creyente podrá descubrir en El la elocuencia de la solidaridad con la suerte humana, como también la armoniosa plenitud de una dedicación desinteresada a la causa del hombre, a la verdad y al amor. La dimensión

divina del misterio pascual llega, sin embargo, a mayor profundidad aún. *La cruz* colocada sobre el Calvario, donde Cristo tiene su último diálogo con el Padre, *emerge del núcleo mismo de aquel amor,* del que el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, ha sido gratificado según el eterno designio divino. Dios, tal como Cristo ha revelado, no permanece solamente en estrecha vinculación con el mundo, en cuanto Creador y fuente última de la existencia. El es además Padre: con el hombre, llamado por El a la existencia en el mundo visible, está unido por un vínculo más profundo aún que el de creador. Es el amor, que no sólo crea el bien, sino que hace participar en la vida misma de Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo. En efecto, el que ama desea darse a sí mismo.

La cruz de Cristo sobre el Calvario surge *en el camino* de aquel *admirable commercium,* de aquel *admirable comunicarse de Dios al hombre* en el que está contenido a su vez *la llamada* dirigida al hombre, a fin de que, donándose a sí mismo a Dios y donando consigo mismo todo el mundo visible participe en la vida divina, y para que como hijo adoptivo se haga partícipe de la verdad y del amor que está en Dios y proviene de Dios. Justamente en el camino de la elección eterna del hombre a la dignidad de hijo adoptivo de Dios, se alza en la historia la cruz de Cristo, Hijo unigénito que, en cuanto "luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero" (77), ha venido para dar el testimonio último de la admirable *alianza de Dios con la humanidad, de Dios con el hombre,* con todo hombre. Esta alianza tan antigua como el hombre— se remonta al misterio mismo de la creación— restablecida posteriormente en varias ocasiones con un único pueblo elegido, es asimismo la alianza nueva y definitiva, establecida allí, en el Calvario, y no limitada ya a un único pueblo, a Israel, sino abierta a todos y cada uno.

¿Qué nos está diciendo, pues, la cruz de Cristo, que es en cierto sentido la última palabra de su mensaje y de su misión mesiánica? Y sin embargo ésta no es aún la última palabra del Dios de la alianza: esa palabra será pronunciada en aquella alborada, cuando las mujeres primero, y los Apóstoles después, venidos al sepulcro de Cristo crucificado, verán la tumba vacía y proclamarán por vez primera: "Ha resucitado". Ellos lo repetirán a los otros y serán testigos de Cristo resucitado. No obstante, también en esta glorificación del Hijo de Dios sigue estando presente la cruz, la cual —a través de todo el testimonio mesiánico del Hombre-Hijo— que sufrió en ella la muerte, *habla y no cesa nunca de decir que Dios-Padre, que es absolutamente fiel a su eterno amor por el hombre,* ya que "tanto amó al mundo —por tanto al hombre en el mundo—, que le dio a su Hijo unigé-

nito, para que quien crea en El no muera, sino que tenga la vida eterna" (78). Creer en el Hijo crucificado significa "ver al Padre" (79), significa creer que el amor está presente en el mundo y que este amor es más fuerte que toda clase de mal, en que el hombre, la humanidad, el mundo están metidos. Creer en ese amor significa *creer en la misericordia*. En efecto, es ésta la dimensión indispensable del amor, es como su segundo nombre y a la vez el modo específico de su revelación y actuación respecto a la realidad del mal presente en el mundo que afecta al hombre y lo asedia, que se insinúa asimismo en su corazón y puede hacerle "perecer en la gehenna" (80).

8. *Amor más fuerte que la muerte, más fuerte que el pecado*

La cruz de Cristo en el Calvario es asimismo testimonio de la fuerza del mal contra el mismo Hijo de Dios, contra Aquel que, único entre todos los hijos de los hombres, era por su naturaleza absolutamente inocente y libre de pecado, y cuya venida al mundo estuvo exenta de la desobediencia de Adán y de la herencia del pecado original. Y he ahí que, precisamente en El, en Cristo, se hace justicia del pecado a precio de su sacrificio, de su obediencia "hasta la muerte" (81). Al que estaba sin pecado. "Dios lo hizo pecado en favor nuestro" (82). Se hace también justicia de la muerte que, desde los comienzos de la historia del hombre, se había aliado con el pecado. Este hacer justicia de la muerte se lleva a cabo a precio de la muerte del que estaba sin pecado y del único que podía —mediante la propia muerte— infligir la muerte a la misma muerte (83). De este modo *la cruz de Cristo*, sobre la cual el Hijo, consubstancial al Padre, *hace plena justicia a Dios,* es también una *revelación radical de la misericordia,* es decir, del amor que sale al encuentro de lo que constituye la raíz misma del mal en la historia del hombre: al encuentro del pecado y de la muerte.

La cruz es la inclinación más profunda de la Divinidad hacia el hombre y todo lo que el hombre —de modo especial en los momentos difíciles y dolorosos— llama su infeliz destino. La cruz es como un toque del amor eterno sobre las heridas más dolorosas de la existencia terrena del hombre, es el cumplimiento, hasta el final del programa mesiánico que Cristo formuló una vez en la sinagoga de Nazaret (84) y repitió más tarde ante los enviados de Juan Bautista (85). Según las palabras ya escritas en la rofecía de Isaías (86), tal programa consistía en la revelación del amor misericordioso a los pobres, los que sufren, los prisioneros, los ciegos, los oprimidos y los pecadores. En el misterio pascual es superado el límite del mal múltiple, del que se hace partícipe el hombre en su existencia terrena: la cruz de

Cristo, en efecto, nos hace comprender las raíces más profundas del mal que ahondan en el pecado y en la muerte; y así la cruz se convierte en un signo escatológico. Solamente en el cumplimiento escatológico y en la renovación definitiva del mundo, *el amor vencerá en todos los elegidos las fuentes más profundas del mal*, dando como fruto plenamente maduro el reino de la vida, de la santidad y de la inmortalidad gloriosa. El fundamento de tal cumplimiento escatológico está encerrado ya en la cruz de Cristo y en su muerte. El hecho de que Cristo "ha resucitado al tercer día" (87), constituye el signo final de la misión mesiánica, signo que corona la entera revelación del amor misericordioso en el mundo sujeto al mal. Esto constituye a la vez el signo que preanuncia "un cielo nuevo y una tierra nueva" (88), cuando Dios "enjugará las lágrimas de sus ojos; no habrá ya muerte, ni luto, ni llanto, ni afán, porque las cosas de antes han pasado" (89).

En el cumplimiento escatológico, la misericordia se revelará como amor, mientras que en la temporalidad, en la historia del hombre —que es a la vez historia de pecado y de muerte — el amor debe revelarse ante todo como misericordia y actuarse en cuanto tal. El programa mesiánico de Cristo —programa de misericordia—, se convierte en el programa de su pueblo, el de su Iglesia. Al centro del mismo está siempre la cruz, ya que en ella la revelación del amor misericordioso alcanza su punto culminante. Mientras "las cosas de antes no hayan pasado" (90), la cruz permanecerá como ese "lugar", al que aún podrían referirse otras palabras del Apocalipsis de Juan: "Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno escucha mi voz y abre la puerta, yo entraré a él y cenaré con él y él conmigo" (91). De manera particular Dios revela asimismo su misericordia, *cuando invita al hombre a la "misericordia" hacia su propio Hijo, hacia el Crucificado.*

Cristo, en cuanto Crucificado, es el Verbo que no pasa (92); es el que está a la puerta y llama al corazón de todo hombre (93), sin coartar su libertad, tratando de sacar de esa misma libertad el amor que es no solamente un acto de solidaridad con el Hijo del Hombre que sufre, sino también, en cierto modo, "misericordia" manifestada por cada uno de nosotros al Hijo del Padre Eterno. En todo este programa mesiánico de Cristo, en toda la revelación de la misericordia mediante la cruz, ¿cabe quizá la posibilidad de que sea mayormente respetada y elevada la dignidad del hombre, dado que él, experimentando la misericordia, es también en cierto sentido el que "manifiesta contemporáneamente la misericordia"?

En definitiva, ¿no toma quizá Cristo tal posición respecto al hombre cuando dice: "cada vez que ha-

béis hecho estas cosas a uno de éstos..., lo habéis hecho a mí"? (94). Las palabras del sermón de la montaña: "Bienaventurados los misericordiosos porque alcanzarán misericordia" (95), ¿no constituyen en cierto sentido una síntesis de toda la Buena Nueva, todo el "intercambio admirable" (*admirabile commercium*) en ella encerrado, que es una ley sencilla, fuerte y "dulce" a la vez, *de la misma economía de la salvación?* Estas palabras del sermón de la montaña, al hacer ver las posibilidades del "corazón humano" en su punto de partida ("ser misericordiosos"), ¿no revelan quizá, dentro de la misma perspectiva, el misterio profundo de Dios: la inescrutable unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en la que el amor, conteniendo la justicia, abre el camino a la misericordia, que a su vez revela la perfección de la justicia?

El misterio pascual es Cristo en el culmen de la Revelación del inescrutable misterio de Dios. Precisamente entonces se cumplen hasta lo último las palabras pronunciadas en el Cenáculo: "Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre" (96). Efectivamente, Cristo, a quien el Padre "no perdonó" (97) en bien del hombre y que en su pasión, así como en el suplicio de la cruz, no encontró misericordia humana, en su resurrección ha revelado la plenitud del amor que el Padre nutre por El y, en El, por todos los hombres. "No es un Dios de muertos, sino de vivos" (98). En su resurrección Cristo *ha revelado al Dios del amor misericordioso,* precisamente porque *ha aceptado la cruz como vía hacia la resurrección.* Por esto —cuando recordamos la cruz de Cristo, su pasión y su muerte— nuestra fe y nuestra esperanza se centran en el Resucitado: en Cristo que "la tarde de aquel mismo día, el primero después del sábado... se presentó en medio de ellos" en el Cenáculo, "donde estaban los discípulos ... alentó sobre ellos y les dijo: recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonéis los pecados les serán perdonados, y a quienes los retengáis les serán retenidos" (99).

Este es el Hijo de Dios que en su resurrección ha experimentado de manera radical en Sí mismo la misericordia, es decir, el amor del Padre que es *más fuerte que la muerte.* Y es también el mismo Cristo, Hijo de Dios, quien al término —y en cierto sentido, más allá del término— de su misión mesiánica, se revela a Sí mismo como fuente inagotable de la misericordia, del mismo amor que, en la perspectiva ulterior de la historia de la salvación en la Iglesia, debe confirmarse perennemente *más fuerte que el pecado.* El Cristo pascual es la encarnación definitiva de la misericordia, su signo viviente: histórico-salvífico y a la vez escatológico. En el mismo espíritu, la liturgia del tiempo pascual pone en nuestros labios las palabras

del Salmo: "Cantaré eternamente las misericordias del Señor" (100).

9. *La Madre de la misericordia*

En estas palabras pascuales de la Iglesia resuenan en la plenitud de su contenido profético las ya pronunciadas por María durante la visita hecha a Isabel, mujer de Zacarías: "Su misericordia de generación en generación" (101). Ellas, ya desde el momento de la Encarnación, abren una nueva perspectiva en la historia de la salvación. Después de la resurrección de Cristo, esta perspectiva se hace nueva en el aspecto histórico y, a la vez, lo es en sentido escatológico. Desde entonces se van sucediendo siempre nuevas generaciones de hombres dentro de la inmensa familia humana, en dimensiones crecientes; se van sucediendo además nuevas generaciones del Pueblo de Dios, marcadas por el estigma de la cruz y de la resurrección, "selladas" (102) a su vez con el signo del misterio pascual de Cristo, revelación absoluta de la misericordia proclamada por María en el umbral de la casa de sus parientes: "su misericordia de generación en generación" (103).

Además María es la que de manera singular y excepcional ha experimentado —como nadie— la misericordia y, también de manera excepcional, ha hecho posible con el sacrificio de su corazón la propia participación en la revelación de la misericordia divina. Tal sacrificio está estrechamente vinculado con la cruz de su Hijo, a cuyos pies Ella se encontraría en el Calvario. Este sacrificio suyo es una participación singular en la revelación de la misericordia, es decir, en la absoluta fidelidad de Dios al propio amor, a la alianza querida por El desde la eternidad y concluida en el tiempo con el hombre, con el pueblo, con la humanidad; es la participación en la Revelación definitivamente cumplida a través de la cruz. *Nadie ha experimentado, como la Madre del Crucificado,* el misterio de la cruz, el pasmoso encuentro de la trascendente justicia divina con el amor: el "beso" dado por la misericordia a la justicia (104). Nadie como Ella, María, ha acogido de corazón ese misterio: aquella dimensión verdaderamente divina de la redención, llevada a efecto en el Calvario mediante la muerte de su Hijo, junto con el sacrificio de su corazón de Madre, junto con su "fiat" definitivo.

María, pues, es la que *conoce más a fondo el misterio de la misericordia divina.* Sabe su precio y sabe cuán alto es. En este sentido la llamamos también *Madre de la misericordia*: Virgen de la misericordia o Madre de la divina misericordia; en cada uno de estos títulos se encierra un profundo significado teológico, porque expresan la preparación par-

ticular de su alma, de toda su personalidad, sabiendo ver primeramente, a través de los complicados acontecimientos de Israel, y de todo hombre y de la humanidad entera después, aquella misericordia de la que "de generación en generación" (105) nos hacemos partícipes según el eterno designio de la Santísima Trinidad.

Los susodichos títulos que atribuimos a la Madre de Dios nos hablan, no obstante, de Ella, por encima de todo, como Madre del Crucificado y del Resucitado; como de *Aquella que, habiendo experimentado la misericordia de modo excepcional, "merece" de igual manera tal misericordia* a lo largo de toda su vida terrena, en particular a los pies de la cruz de su Hijo; finalmente, como de Aquella que, a través de la participación escondida y, al mismo tiempo, incomparable en la misión mesiánica de su Hijo, ha sido llamada singularmente a acercar a los hombres aquel amor que El había venido a revelar: amor que halla su expresión más concreta en aquellos que sufren, en los pobres, los prisioneros, los que no ven, los oprimidos y los pecadores, tal como habló de ellos Cristo, siguiendo la profecía de Isaías, primero en la sinagoga de Nazaret (106), y más tarde en respuesta a la pregunta hecha por los enviados de Juan Bautista (107).

Precisamente, en este amor "misericordioso", manifestado ante todo en contacto con el mal moral y físico, participaba de manera singular y excepcional el corazón de la que fue Madre del Crucificado y del Resucitado —participaba María—. En Ella y por Ella, tal amor no cesa de revelarse en la historia de la Iglesia y de la humanidad. Tal revelación es especialmente fructuosa, porque se funda, por parte de la Madre de Dios, sobre el tacto singular de su corazón materno, sobre su sensibilidad particular, sobre su especial aptitud para llegar a todos aquellos que *aceptan más fácilmente el amor misericordioso de parte de una madre*. Es éste uno de los misterios más grandes y vivificantes del cristianismo, tan íntimamente vinculado con el misterio de la Encarnación.

"Esta maternidad de María en la economía de la gracia —tal como se expresa el Concilio Vaticano II— perdura sin cesar desde el momento del asentimiento que prestó fielmente en la Anunciación, y que mantuvo sin vacilar al pie de la cruz hasta la consumación perpetua de todos los elegidos. Pues Asunta a los cielos, no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna. Con su amor materno cuida a los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y se hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada" (108).

10. Imagen de nuestra generación

Tenemos pleno derecho a creer que también nuestra generación está comprendida en las palabras de la Madre de Dios, cuando glorificaba la misericordia, de la que "de generación en generación" son partícipes cuantos se dejan guiar por el temor de Dios. Las palabras del *Magnificat* mariano tienen un contenido profético, que afecta no sólo al pasado de Israel, sino también al futuro del Pueblo de Dios sobre la tierra. *Somos,* en efecto, todos nosotros, los que vivimos hoy en la tierra, *la generación* que es consciente del aproximarse del tercer milenio y que *siente* profundamente *el cambio* que está verificando en la historia.

La presente generación se siente privilegiada porque el progreso le ofrece tantas posibilidades, insospechadas hace solamente unos decenios. La actividad creadora del hombre, su inteligencia y su trabajo, han provocado cambios profundos, tanto en el dominio de la ciencia y de la técnica, como en la vida social y cultural. El hombre ha extendido su poder sobre la naturaleza; ha adquirido un conocimiento más profundo de las leyes de su comportamiento social. Ha visto derrumbarse o atenuarse los obstáculos y distancias, que separan hombres y naciones, gracias a un sentido acrecentado de lo universal, a una conciencia más clara de la unidad del género humano, a la aceptación de la dependencia recíproca dentro de una solidaridad auténtica, y gracias finalmente al deseo —y la posibilidad— de entrar en contacto con sus hermanos y hermanas por encima de las divisiones artificiales de la geografía o las fronteras nacionales o raciales. Los jóvenes de hoy día, sobre todo, saben que los progresos de la ciencia y de la técnica son capaces de aportar no sólo nuevos bienes materiales, sino también una participación más amplia a su conocimiento. El desarrollo de la informática, por ejemplo, multiplicará la capacidad creadora del hombre y le permitirá el acceso a las riquezas intelectuales y culturales de otros pueblos. Las nuevas técnicas de la comunicación favorecerán una mayor participación en los acontecimientos y un intercambio creciente de las ideas. Las adquisiciones de la ciencia biológica, sicológica o social ayudarán al hombre a penetrar mejor en la riqueza de su propio ser. Y si es verdad que ese progreso sigue siendo todavía muy a menudo privilegio de los países industrializados, no se puede negar sin embargo que la perspectiva de hacer beneficiarios a todos los pueblos y a todos los países no será a la larga una utopía, si existe realmente una voluntad polí-

tica a este respecto. Pero al lado de todo esto —o más bien *en* todo esto— existen al mismo tiempo dificultades que parecen incluso ir en aumento. Existen inquietudes e imposibilidades que atañen a la respuesta profunda que el hombre sabe que debe dar. El panorama del mundo contemporáneo presenta también sombras y desequilibrios no siempre superficiales. La Constitución pastoral *Gaudium et spes* del Concilio Vaticano II no es ciertamente el único documento que trata de la vida de la generación contemporánea, pero es un documento de particular importancia. "En verdad, los desequilibrios que sufre el mundo moderno —leemos en ella— están conectados con ese otro desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el corazón humano. Son muchos los elementos que se combaten en el propio interior del hombre. A fuer de criatura, el hombre experimenta múltiples limitaciones; se siente sin embargo ilimitado en sus deesos y llamado a una vida superior. Atraído por muchas solicitaciones, tiene que elegir y renunciar. Más aún, como enfermo y pecador, no raramente hace lo que no quiere y deja de hacer lo que querría llevar a cabo. Por ello siente en sí mismo la división que tantas y tan graves discordias provoca en la sociedad" (109).

Hacia el final de la exposición introductoria de la misma, leemos: "...ante la actual evolución del mundo, son cada día más numerosos los que se plantean o los que acometen con nueva penetración las cuestiones más fundamentales: ¿Qué es el hombre? *¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte,* que, a pesar de tantos progresos hechos, *subsisten todavía*? ¿Qué valor tienen las victorias logradas a tan caro precio?" (110).

En el marco de estos quince años, a partir de la conclusión del Concilio Vaticano II, ¿se ha hecho quizá menos inquietante aquel cuadro de tensiones y de amenazas propias de nuestra época? Parece que no. Al contrario, las tensiones y amenazas que en el documento conciliar parecían solamente delinearse y no manifestar hasta el fondo todo el peligro que escondían dentro de sí, en el espacio de estos años se han ido revelando mayormente, han confirmado de modo diverso aquel peligro y no permiten nutrir las ilusiones de un tiempo.

11. Fuentes de inquietud

De ahí que aumente en nuestro mundo la sensación de amenaza. Aumenta el temor existencial ligado sobre todo —como ya insinué en la Eicíclica *Redemptor hominis*— a la perspectiva de un conflicto que, teniendo en cuenta los actuales arsenales atómicos, podría significar la destrucción parcial de la humanidad.

Sin embargo, la amenaza no concierne únicamente a lo que los hombres pueden hacer a los hombres, valiéndose de los medios de la técnica militar; afecta también a otros muchos peligros, que son el producto de una civilización materialista, la cual —no obstante declaraciones "humanísticas"— acepta la primacía de las cosas sobre la persona. El hombre contemporáneo tiene, pues, miedo de que con el uso de los medios inventados por este tipo de civilización, *cada individuo,* lo mismo que los ambientes, las comunidades, las sociedades, las naciones, *pueda ser víctima* del atropello de *otros* individuos ambientes, sociedades. La historia de nuestro siglo ofrece abundantes ejemplos. A pesar de todas las Declaraciones sobre los Derechos del Hombre en su dimensión integral, esto es, en su existencia corporal y espiritual, no podemos decir que estos ejemplos sean solamente cosa del pasado.

El hombre tiene precisamente miedo de ser víctima de una opresión que lo prive de la libertad interior, de la posibilidad de manifestar exteriormente la verdad de la que está convencido, de la fe que profesa, de la facultad de obedecer a la voz de la conciencia que le indica la recta vía a seguir. Los medios técnicos a disposición de la civilización actual, ocultan, en efecto, no sólo la posibilidad de una auto-destrucción por vía de un conflicto militar, sino también la *posibilidad de una subyugación* "pacífica" *de los individuos, de los ambientes de vida,* de sociedades enteras y de naciones, que por cualquier motivo pueden resultar incómodos a quienes disponen de medios suficientes y están dispuestos a servirse de ellos sin escrúpulos. Se piense también en la tortura, todavía existente en el mundo, actuada sistemáticamente por la autoridad como instrumento de dominio y de atropello político, y practicada impunemente por los subalternos.

Así pues, junto a la conciencia de la amenaza biológica, crece la conciencia de otra amenaza, que destruye aún más lo que es esencialmente humano, lo que está en conexión íntima con la dignidad de la persona, con su derecho a la verdad y a la libertad.

Todo esto se desarrolla sobre *el fondo de un gigantesco remordimiento* constituido por el hecho de que, al lado de los hombres y de las sociedades bien acomodadas y saciadas, que viven en la abundancia, sujetas al consumismo y al disfrute, no faltan dentro de la misma familia humana individuos ni grupos sociales que *sufren el hambre.* No faltan niños que mueren de hambre a la vista de sus madres. No faltan en diversas partes del mundo, en diversos sistemas socioeconómicos, áreas enteras de miseria, de deficiencia y de subdesarrollo. Este hecho es universalmente conocido. *El estado de*

desigualdad entre hombres y pueblos no sólo perdura, sino que va en aumento. Sucede todavía que, al lado de los que viven acomodados y en la abundancia, existen otros que viven en la indigencia, sufren la miseria y con frecuencia mueren incluso de hambre; y su número alcanza decenas y centenares de millones. Por esto, la inquietud moral está destinada a hacerse más profunda. Evidentemente, un defecto fundamental o más bien un conjunto de defectos, más aún, un mecanismo defectuoso está en la base de la economía contemporánea y de la civilización materialista, que no permite a la familia humana alejarse, yo diría, de situaciones tan radicalmente injustas.

Esta imagen del mundo de hoy, donde existe tanto mal físico y moral como para hacer de él un mundo enredado en contradicciones y tensiones y, al mismo tiempo, lleno de amenazas dirigidas contra la libertad humana, la conciencia y la religión, explica la inquietud a la que está sujeto el hombre contemporáneo. Tal inquietud es experimentada no sólo por quienes son marginados u oprimidos, sino también por quienes disfrutan de los privilegios de la riqueza, del progreso, del poder. Y, si bien no faltan tampoco quienes buscan poner al descubierto las causas de tales inquietudes o reaccionar con medios inmediatos puestos a su alcance por la técnica, la riqueza o el poder, sin embargo en lo más profundo del ánimo humano *esa inquietud supera todos los medios provisionales*. Afecta —como han puesto justamente de relieve los análisis del Concilio Vaticano II— los problemas fundamentales de toda la existencia humana. Esta inquietud está vinculada con el sentido mismo de la existencia del hombre en el mundo; es inquietud para el futuro del hombre y de toda la humanidad, y exige resoluciones decisivas que ya parecen imponerse al género humano.

12. ¿Basta la justicia?

No es difícil constatar que *el sentido de la justicia* se ha despertado a gran escala en el mundo contemporáneo; sin duda, ello pone mayormente de relieve lo que está en contraste con la justicia tanto en las relaciones entre los hombres, los grupos sociales o las "clases", como entre cada uno de los pueblos y estados, y entre los sistemas políticos, más aún, entre los diversos mundos. Esta corriente profunda y multiforme, en cuya base la conciencia humana contemporánea ha situado la justicia, atestigua el carácter ético de las tensiones y de las luchas que invaden el mundo.

La Iglesia comparte con los hombres de nuestro tiempo este profundo y ardiente deseo de una vida justa bajo todos los aspectos y no se abs-

tiene ni siquiera de someter a reflexión los diversos aspectos de la justicia, tal como lo exige la vida de los hombres y de las sociedades. Prueba de ello es el campo de la doctrina social católica ampliamente desarrollada en el arco del último siglo. Siguiendo las huellas de tal enseñanza procede la educación y la formación de las conciencias humanas en el espíritu de la justicia, lo mismo que las iniciativas concretas, sobre todo en el ámbito del apostolado de los seglares, que se van desarrollando en tal sentido.

No obstante, sería difícil no darse uno cuenta de que no raras veces *los programas que parten de la idea de justicia* y que deben servir a ponerla en práctica en la convivencia de los hombres, de los grupos y de las sociedades humanas, *en la práctica sufren deformaciones.* Por más que sucesivamente recurran a la misma idea de justicia, sin embargo la experiencia demuestra que otras fuerzas negativas, como son el rencor, el odio e incluso la crueldad han tomado la delantera a la justicia. En tal caso el ansia de aniquilar al enemigo, de limitar su libertad y hasta de imponerle una dependencia total, se convierte en el motivo fundamental de la acción; esto contrasta con la esencia de la justicia, la cual tiende por naturaleza a establecer la igualdad y la equiparación entre las partes en conflicto. Esta especie de abuso de la idea de justicia y la alteración práctica de ella atestiguan hasta qué punto la acción humana puede *alejarse* de la misma *justicia,* por más que se haya emprendido en su nombre. No en vano Cristo contestaba a sus oyentes, fieles a la doctrina del Antiguo Testamento, la actitud que ponían de manifiesto las palabras: "Ojo por ojo y diente por diente" (111). Tal era la forma de alteración de la justicia en aquellos tiempos; las formas de hoy día siguen teniendo en ella su modelo. En efecto, es obvio que, en nombre de una presunta justicia (histórica o de clase, por ejemplo), a veces se aniquila al prójimo, se le mata, se le priva de la libertad, se le despoja de los elementales derechos humanos. La experiencia del pasado y de nuestros tiempos demuestra que la justicia por sí sola no es suficiente y que, más aún, puede conducir a la negación y al aniquilamiento de sí misma, si no se le permite *a esa fuerza más profunda que es el amor* plasmar la vida humana en sus diversas dimensiones. Ha sido ni más ni menos que la experiencia histórica la que entre otras cosas ha llevado a formular esta aserción: *summum ius, summa iniuria.* Tal afirmación no disminuye el valor de la justicia ni atenúa el significado del orden instaurado sobre ella; indica solamente, en otro aspecto, la necesidad de recurrir a las fuerzas del espíritu, más profundas aún, que condicionan el orden mismo de la justicia.

Teniendo a la vista la imagen de la generación a la que pertenecemos, *la Iglesia comparte la inquietud de tantos hombres contemporáneos.* Por otra parte, debemos preocuparnos también por *el ocaso* de tantos valores fundamentales que constituyen un bien indiscutible no sólo de la moral cristiana, sino simplemente *de la moral humana, de la cultura moral,* como el respeto a la vida humana desde el momento de la concepción, el respeto al matrimonio en su unidad indisoluble, el respeto a la estabilidad de la familia. El permisivismo moral afecta sobre todo a este ámbito más sensible de la vida y de la convivencia humana. A él van unidas la crisis de la verdad en las relaciones interhumanas, la falta de responsabilidad al hablar, la relación meramente utilitaria del hombre con el hombre, la disminución del sentido del auténtico bien común y la facilidad con que éste es enajenado. Finalmente, existe la desacralización que a veces se transforma en "deshumanización"; el hombre y la sociedad para quienes nada es "sacro" van decayendo moralmente, a pesar de las apariencias.

VII. La misericordia de Dios en la misión de la Iglesia

En relación con esta imagen de nuestra generación, que no deja de suscitar una profunda inquietud, vienen a la mente las palabras que, con motivo de la encarnación del Hijo de Dios, resonaron en el *Magnificat* de María y que cantan la "misericordia... de generación en generación". Conservando siempre en el corazón la elocuencia de estas palabras inspiradas y aplicándolas a las experiencias y sufrimientos propios de la gran familia humana, es menester que la Iglesia de nuestro tiempo adquiera conciencia más honda y concreta de la necesidad de *dar testimonio de la misericordia de Dios* en toda su misión, siguiendo las huellas de la tradición de la Antigua y Nueva Alianza, en primer lugar del mismo Jesucristo y de sus Apóstoles. La Iglesia debe dar testimonio de la misericordia de Dios revelada en Cristo, en toda su misión de Mesías, *profesándola,* principalmente como verdad salvífica de fe necesaria para una vida coherente con la misma fe, *tratando después de introducirla y encarnarla en la vida* sea en la de sus fieles, sea —dentro de lo posible— en la de todos los hombres de buena voluntad. Finalmente, la Iglesia —profesando la misericordia y permaneciendo siempre fiel a ella— tiene el derecho y el deber de recurrir a la misericordia de Dios, *implorándola* frente a todos los fenómenos del mal físico y moral, ante todas las amenazas que pesan sobre el entero horizonte de la vida de la humanidad contemporánea.

13. *La Iglesia profesa la misericordia de Dios y la proclama*

La Iglesia debe *profesar y proclamar la misericordia divina en toda su verdad,* cual nos ha sido transmitida por la Revelación. En las páginas precedentes de este documento hemos tratado de delinear al menos el perfil de esta verdad que encuentra tan rica expresión en toda la Sagrada Escritura y en la Tradición. En la vida cotidiana de la Iglesia la verdad acerca de la misericordia de Dios, expresada en la Biblia, resuena cual eco perenne a través de numerosas lecturas de la Sagrada Liturgia. La percibe el auténtico sentido de la fe del Pueblo de Dios, como atestiguan varias expresiones de la piedad personal y comunitaria. Sería ciertamente difícil enumerarlas y resumirlas todas, ya que la mayor parte de ellas están vivamente inscritas en lo íntimo de los corazones y de las conciencias humanas. Si algunos teólogos afirman que la misericordia es el más grande entre los atributos y las perfecciones de Dios, la Biblia, la Tradición y toda la vida de fe del Pueblo de Dios dan testimonios exhaustivos de ello. No se trata aquí de la perfección de la inescrutable esencia de Dios dentro del misterio de la misma divinidad, sino de la perfección y del atributo por el que el hombre, en la verdad íntima de su existencia, se encuentra particularmente cerca y no raras veces con Dios vivo. Conforme a las palabras dirigidas por Cristo a Felipe (112), "la visión del Padre" —visión de Dios mediante la fe— halla precisamente en el encuentro con su misericordia un momento singular de sencillez interior y de verdad, semejante a la que encontramos en la parábola del hijo pródigo.

"Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre" (113). La Iglesia profesa la misericordia de Dios, la Iglesia vive de ella en su amplia experiencia de fe y también en sus enseñanzas, contemplando constantemente a Cristo, concentrándose en El, en su vida y en su Evangelio, en su cruz y en su resurrección, en su misterio entero. Todo esto que forma la "visión" de Cristo en la fe viva y en la enseñanza de la Iglesia nos acerca a la "visión del Padre" en la santidad de su misericordia. La Iglesia parece profesar de manera particular la misericordia de Dios y venerarla dirigiéndose al corazón de Cristo. En efecto, precisamente el acercarnos a Cristo en el misterio de su corazón, nos permite detenernos en este punto —en un cierto sentido central y al mismo tiempo más accesible en el plano humano— de la revelación del amor misericordioso del Padre, que ha constituido el núcleo central de la misión mesiánica del Hijo del Hombre.

La Iglesia vive una vida auténtica, cuando *profesa y proclama la miseri-*

cordia —el atributo más estupendo del Creador y del Redentor— y cuando acerca a los hombres a las fuentes de la misericordia del Salvador, de las que es depositaria y dispensadora. En este ámbito tiene un gran significado la meditación constante de la Palabra de Dios, y sobre todo la participación consciente y madura *en la Eucaristía y en el sacramento de la penitencia o reconciliación.* La Eucaristía nos acerca siempre a aquel *amor* que es más fuerte que la muerte: en efecto, "cada vez que comemos de este pan o bebemos de ese cáliz", no sólo anunciamos la muerte del Redentor, sino que además proclamamos su resurrección, mientras esperamos su venida en la gloria (114). El mismo rito eucarístico, celebrado en memoria de quien en su misión mesiánica nos ha revelado al Padre, por medio de la palabra y de la cruz, atestigua el *amor inagotable,* en virtud del cual desea siempre El unirse e identificarse con nosotros, saliendo al encuentro de todos los corazones humanos. Es el sacramento de la penitencia o reconciliación el que allana el camino a cada uno, incluso cuando se siente bajo el peso de grandes culpas. En este sacramento cada hombre puede experimentar de manera singular la misericordia, es decir, el amor que es más fuerte que el pecado. Se ha hablado ya de ello en la Encíclica *Redemptor hominis;* convendrá sin embargo volver una vez más sobre este tema fundamental.

Precisamente porque existe el pecado en el mundo, al que "Dios amó tanto... que le dio su Hijo unigénito" (115). Dios que "es amor" (116) *no puede revelarse de otro modo* si no e como misericordia. Esta corresponde no sólo a la verdad más profunda de ese amor que es Dios, sino también a la verdad interior del hombre y del mundo que es su patria temporal.

La misericordia en sí misma, en cuanto perfección de Dios infinito es también infinita. Infinita pues e inagotable es la prontitud del Padre en acoger a los hijos pródigos que vuelven a casa. *Son infinitas la prontitud y la fuerza del perdón* que brotan continuamente del valor admirable del sacrificio de su Hijo. No hay pecado humano que prevalezca por encima de esta fuerza y ni siquiera que la limite. Por parte del hombre puede limitarla únicamente la falta de buena voluntad, la falta de prontitud en la conversión y en la penitencia, es decir, su perdurar en la obstinación, oponiéndose a la gracia y a la verdad especialmente frente al testimonio de la cruz y de la resurrección de Cristo.

Por tanto, la Iglesia profesa y proclama la conversión. La conversión a Dios consiste siempre en *descubrir su misericordia,* es decir, ese amor que es paciente y benigno (117) a medida del Creador y Pa-

dre: el amor, al que "Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo" (118) es fiel hasta las últimas consecuencias en la historia de la alianza con el hombre: hasta la cruz, hasta la muerte y la resurrección de su Hijo. La conversión a Dios es siempre fruto del "reencuentro" de ese Padre, rico en misericordia.

El auténtico conocimiento de Dios, Dios de la misericordia y del amor benigno, es una constante e inagotable fuente de conversión, no solamente como momentáneo acto interior, sino también como disposición estable, como estado de ánimo. Quienes llegan a conocer de este modo a Dios, quienes lo "ven" así, no pueden vivir sino convirtiéndose sin cesar a El. Viven pues *in statu conversionis*; es este estado el que traza la componente más profunda de la peregrinación de todo hombre por la tierra *in statu viatoris*. Es evidente que la Iglesia profesa la misericordia de Dios, revelada en Cristo crucificado y resucitado, no sólo con la palabra de sus enseñanzas, sino, por encima de todo, con la más profunda pulsación de la vida de todo el Pueblo de Dios. Mediante este testimonio de vida, la Iglesia cumple la misión propia del Pueblo de Dios, misión que es participación y, en cierto sentido, continuación de la misión mesiánica del mismo Cristo.

La Iglesia contemporánea es altamente consciente de que únicamente sobre la base de la misericordia de Dios podrá hacer realidad los cometidos que brotan de la doctrina del Concilio Vaticano II, en primer lugar el cometido ecuménico que tiende a unir a todos los que confiesan a Cristo. Iniciando múltiples esfuerzos en tal dirección, la Iglesia confiesa con humildad que sólo ese *amor*, más fuerte que la debilidad de las divisiones humanas, *puede realizar definitivamente la unidad* por la que oraba Cristo al Padre y que el Espíritu no cesa de pedir para nosotros "con gemidos inenarrables" (119).

14. La Iglesia trata de practicar la misericordia

Jesucristo ha enseñado que el hombre no sólo recibe y experimenta la misericordia de Dios, sino que está llamado a "usar misericordia" con los demás: "Bienaventurados los misericordiosos, porque de ellos alcanzarán misericordia" (120). La Iglesia ve en estas palabras una llamada a la acción y se esfuerza por practicar la misericordia. Si todas las bienaventuranzas del sermón de la montaña indican el camino de la conversión y del cambio de vida, la que se refiere a los misericordiosos es a este respecto particularmente elocuente. El hombre alcanza el amor misericordioso de Dios, su misericordia, en cuanto él mismo interiormente se transforma en el espíritu de tal amor hacia el prójimo.

Este proceso auténticamente evangélico no es sólo una transformación espiritual realizada de una vez para siempre, sino que constituye todo un estilo de vida, una característica esencial y continua de la vocación cristiana. Consiste en el descubrimiento constante y en la actuación perseverante del *amor en cuanto fuerza unificante y a la vez elevante*: —a pesar de todas las dificultades de naturaleza sicológica o social— se trata, en efecto, de un *amor misericordioso* que por su esencia es amor creador. El amor misericordioso, en las relaciones recíprocas entre los hombres, no es nunca un acto o un proceso unilateral. Incluso en los casos en que todo parecería indicar que sólo una parte es la que da y ofrece, mientras la otra sólo recibe y toma (por ejemplo, en el caso del médico que cura, del maestro que enseña, de los padres que mantienen y educan a los hijos, del benefactor que ayuda a los menesterosos), sin embargo en realidad, también aquel que da, queda siempre beneficiado. En todo caso, también éste puede encontrarse fácilmente en la posición del que recibe, obtiene un beneficio, prueba el amor misericordioso, o se encuentra en estado de ser objeto de misericordia.

Cristo crucificado, en este sentido, es para nosotros el modelo, la inspiración y el impulso más grande. Basándose en este *desconcertante modelo,* podemos con toda humildad manifestar misericordia a los demás, sabiendo que la recibe como demostrada a él mismo (121). Sobre la base de este modelo, debemos purificar también continuamente todas nuestras acciones y nuestras intenciones, allí donde la misericordia es entendida y practicada de manera unilateral, como bien hecho a los demás. Sólo entonces, en efecto, es realmente un acto de amor misericordiosos: cuando, practicándola, nos convencemos profundamente de que al mismo tiempo la experimentamos por parte de quienes la aceptan de nosotros. Si falta esta bilateralidad, esta reciprocidad, entonces nuestras acciones no son aún auténticos actos de misericordia, ni se ha cumplido plenamente en nosotros la conversión, cuyo camino nos ha sido manifestado por Cristo con la palabra y con el ejemplo hasta la cruz, ni tampoco participamos completamente *en la magnífica fuente del amor misericordioso* que nos ha sido revelada por El.

Así pues, el camino que Cristo nos ha manifestado en el sermón de la montaña con la bienaventuranza de los misericordiosos, es mucho más rico de lo que podemos observar a veces en los comunes juicios humanos sobre el tema de la misericordia. Tales juicios consideran la misericordia como un acto o proceso unilateral que presupone y mantiene las distancias entre el que usa misericordia y el que es gratificado, entre el que hace el bien y el que lo recibe.

Deriva de ahí la pretensión de liberar de la misericordia las relaciones interhumanas y sociales, y basarlas únicamente en la justicia. No obstante, tales juicios acerca de la misericordia no descubren la vinculación fundamental entre la misericordia y la justicia, de que habla toda la tradición bíblica, y en particular la misión mesiánica de Jesucristo. *La auténtica misericordia es por decirlo así la fuente más profunda de la justicia.* Si esta última es de por sí apta para servir de "árbitro" entre los hombres en la recíproca repartición de los bienes objetivos según una medida justa, el amor en cambio, y solamente el amor, (también ese amor benigno que llamamos "misericordia") es capaz de restituir el hombre a sí mismo.

La misericordia auténticamente cristiana es también, en cierto sentido, *la más perfecta encarnación* de la "igualdad" entre los hombres y por consiguiente también la encarnación más perfecta de la *justicia,* en cuanto también ésta, dentro de su ámbito, mira al mismo resultado. La igualdad introducida mediante la justicia se limita, sin embargo al ámbito de los bienes objetivos y extrínsecos, mientras el amor y la misericordia logran que los hombres se encuentren entre sí en ese valor que es el mismo hombre, con la dignidad que le es propia. Al mismo tiempo, la "igualdad" de los hombres mediante el amor "paciente y benigno" (122) no borra las diferencias: el que da se hace más generoso, cuando se siente contemporáneamente gratificado por el que recibe su don; viceversa, el que sabe recibir el don con la conciencia de que también él, acogiéndolo, hace el bien, sirve por su parte a la gran causa de la dignidad de la persona y esto contribuye a unir a los hombres entre sí de manera más profunda.

Así pues, la misericordia se hace elemento indispensable para *plasmar* las relaciones mutuas entre los hombres, en el espíritu del más profundo respeto de lo que es humano y de la recíproca fraternidad. Es imposible lograr establecer este vínculo entre los hombres si se quiere regular las mutuas relaciones únicamente con la medida de la justicia. Esta, en todas las esferas de las relaciones interhumanas, debe experimentar *por decirlo así, una notable "corrección"* por parte del amor que —como proclama San Pablo— es "paciente" y "benigno", o dicho en otras palabras lleva en sí los caracteres del amor *misericordioso* tan esenciales al Evangelio y al cristianismo. Recordemos además que el *amor misericordioso* indica también esa cordial *ternura* y *sensibilidad*, de que tan elocuentemente nos habla la parábola del hijo pródigo (123) o la de la oveja extraviada o la de la dracma perdida (124). Por tanto, el amor misericordioso es sumamente indispensable entre aquellos que están más cerca-

nos: entre los esposos, entre padres e hijos, entre amigos: es también indispensable en la educación y en la pastoral.

Su radio de acción, no obstante, no halla aquí su término. Si Pablo VI indicó en más de una ocasión la "civilización del amor" (125) como fin al que deben tender todos los esfuerzos en campo social y cultural, lo mismo que económico y político, hay que añadir que este fin no se conseguirá nunca, si en nuestras concepciones y actuaciones, relativas a las amplias y complejas esferas de la convivencia humana, nos detenemos en el criterio del "ojo por ojo, diente por diente" (126) y no tendremos en cambio a transformarlo esencialmente, superándolo con otro espíritu. Ciertamente, en tal dirección nos conduce también el Concilio Vaticano II cuando hablando repetidas veces de la necesidad de *hacer el mundo más humano* (127), individúa la misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo precisamente en la realización de tal cometido. El mundo de los hombres puede hacerse cada vez más humano, únicamente si introducimos en el ámbito pluriforme de las relaciones humanas y sociales, junto con la justicia, el "amor misericordioso" que constituye el mensaje mesiánico del Evangelio.

El mundo de los hombres puede hacerse "cada vez más humano", solamente si en todas las relaciones recíprocas que plasman su rostro moral introducimos el momento del perdón, tan esencial al Evangelio. El perdón atestigua que en el mundo está presente el *amor más fuerte que el pecado.* El perdón es además la condición fundamental de la reconciliación, no sólo en la relación de Dios con el hombre, sino también en las recíprocas relaciones entre los hombres. Un mundo, del que se eliminase el perdón, sería solamente un mundo de justicia fría e irrespetuosa, en nombre de la cual cada uno reivindicaría sus propios derechos respecto a los demás; así los egoísmos de distintos géneros, adormecidos en el hombre, podrían transformar la vida y la convivencia humana en un sistema de opresión de los más débiles por parte de los más fuertes o en una arena de lucha permanente de los unos contra los otros.

Por esto, la Iglesia debe considerar como uno de sus deberes principales —en cada etapa de la historia y especialmente en la edad contemporánea— *el de proclamar e introducir en la vida* el misterio de la misericordia, revelado en sumo grado en Cristo Jesús. Este misterio, no sólo para la misma Iglesia en cuanto comunidad de creyentes, sino también en cierto sentido para todos los hombres, es *fuente* de una vida diversa de la que el hombre, expuesto a las fuerzas prepotentes de la tripe concupiscencia que obran en él (128), está en condiciones de construir. Precisamente en nombre de este mis-

terio Cristo nos enseña a perdonar siempre. ¡Cuántas veces repetimos las palabras de la oración que El mismo nos enseñó, pidiendo: "*perdónanos* nuestras deudas *como nosotros perdonamos* a nuestros deudores", es decir, a aquellos que son culpables de algo respecto a nosotros! (129). Es en verdad difícil expresar el valor profundo de la actitud que tales palabras trazan e inculcan. ¡Cuántas cosas dicen estas palabras a todo hombre acerca de su semejante y también acerca de sí mismo! La conciencia de ser deudores unos de otros va pareja con la llamada a la solidaridad fraterna que San Pablo ha expresado en la invitación concisa e soportarnos 'mutuamente con amor" (130). ¡Qué lección de humildad se encierra aquí respecto del hombre, del prójimo y de sí mismo a la vez! ¡Qué escuela de buena voluntad para la convivencia de cada día, en las diversas condiciones de nuestra existencia! Si desatendiéramos esta lección ¿que quedaría de cualquier programa "humanístico" de la vida y de la educación?

Cristo subraya con tanta insistencia la necesidad de perdonar a los demás, que a Pedro, el cual le había preguntado cuántas veces debería perdonar al prójimo, le indicó la cifra simbólica de "setenta veces siete" (131), queriendo decir con ello que debería saber perdonar a todos y siempre. Es obvio que una exigencia tan grande de *perdonar no anula* las objetivas *exigencias de la justicia*. La justicia rectamente entendida constituye por así decirlo la finalidad del perdón. En ningún paso del mensaje evangélico el perdón, y ni siquiera la misericordia como su fuente, significan indulgencia para con el mal, para con el escándalo, la injuria, el ultraje cometido. En todo caso, la separación del mal y del escándalo, el resarcimiento por la injuria, la satisfacción del ultraje son condición del perdón.

Así, pues, la estructura fundamental de la justicia penetra siempre en el campo de la misericordia. Esta, sin embargo, tiene la fuerza de conferir a la justicia un contenido nuevo que se expresa de la manera más sencilla y plena en el perdón. Este, en efecto, manifiesta que, además del proceso de "compensación" y de "tregua" que es específico de la justicia, es necesario el amor, para que el hombre se corrobore como tal. El cumplimiento de las condiciones de la justicia es indispensable, sobre todo, a fin de que el amor pueda revelar el propio rostro. Al analizar la parábola del hijo pródigo, hemos llamado ya la atención sobre el hecho de que *aquel que perdona y aquel que es perdonado* se encuentran en un punto esencial, que es la dignidad, es decir, el valor esencial del hombre que no puede dejarse perder y cuya afirmación o cuyo reencuentro es fuente de la más grande alegría (132).

La Iglesia considera justamente como propio deber, como finalidad de la propia misión, *custodiar la autenticidad del perdón*, tanto en la vida y en el comportamiento, como en la educación y en la pastoral. Ella no la protege de otro modo más que custodiando *su fuente*, esto es, el misterio de la misericordia de Dios mismo, revelado en Jesucristo.

En la base de la misión de la Iglesia, en todas las esferas de que hablan numerosas indicaciones del más reciente Concilio y la plurisecular experiencia del apostolado, no hay más que el "sacar de las fuentes del Salvador" (133); es esto lo que traza múltiples orientaciones a la misión de la Iglesia en la vida de cada uno de los cristianos, de las comunidades y también de todo el Pueblo de Dios. Este "sacar de las fuentes del Salvador" no puede ser realizado de otro modo, si no es en el espíritu de aquella pobreza a la que nos ha llamado el Señor con la palabra y el ejemplo: "lo que habéis recibido gratuitamente, dadlo gratuitamente" (134). Así, en todos los caminos de la vida y del ministerio de la Iglesia —a través de la pobreza evangélica de los ministros y dispensadores, y del pueblo entero que da testimonio "de todas las obras del Señor"—, se ha manifestado aún mejor el Dios "rico en misericordia".

VIII. Oración de la Iglesia de nuestros tiempos

15. *La Iglesia recurre a la misericordia divina*

La Iglesia proclama la verdad de la misericordia de Dios, revelada en Cristo crucificado y resucitado, y la profesa de varios modos. Además, trata de practicar la misericordia para con los hombres a través de los hombres, viendo en ello una condición indispensable de la solicitud por un mundo mejor y "más humano", hoy y mañana. Sin embargo, en ningún momento y en ningún período histórico —especialmente en una época tan crítica como la nuestra— la Iglesia puede olvidar *la oración que es un grito a la misericordia de Dios* ante las múltiples formas de mal que pesan sobre la humanidad y la amenazan. Precisamente éste es el fundamental derecho-deber de la Iglesia en Jesucristo: es el derecho-deber de la Iglesia para con Dios y para con los hombres. La conciencia humana, cuanto más pierde el sentido del significado mismo de la palabra "misericordia", sucumbiendo a la secularización; cuanto más se distancia del misterio de la misericordia alejándose de Dios, tanto más *la Iglesia tiene el derecho y el deber* de recurrir al Dios de la misericordia "con poderosos clamores" (135). Estos poderosos clamores deben estar presentes en la Iglesia de nues-

tros tiempos, dirigidos a Dios, para implorar su misericordia, cuya manifestación cierta ella profesa y proclama en cuanto realizada en Jesús crucificado y resucitado, esto es, en el misterio pascual. Es este misterio el que lleva en sí la más completa revelación de la misericordia, es decir, del amor que es más fuerte que la muerte, más fuerte que el pecado y que todo mal, del amor que eleva al hombre de las caídas graves y lo libera de las más grandes amenazas.

El hombre contemporáneo siente estas amenazas. Lo que a este respecto, ha sido dicho más arriba, es solamente un simple esbozo. El hombre contemporáneo se interroga con frecuencia, con ansia profunda, sobre la solución de las terribles tensiones que se han acumulado sobre el mundo y que se entrelazan en medio de los hombres. Y si tal vez no tiene *la valentía de pronunciar la palabra "misericordia"*, o en su conciencia privada de todo contenido religioso no encuentra su equivalente, *tanto más se hace necesario que la Iglesia pronuncie esta palabra*, no sólo en nombre de todos los hombres contemporáneos.

Es, pues, necesario que todo cuanto he dicho en el presente documento sobre la misericordia, *se transforme en una ferviente plegaria*: en un grito que implore continuamente la misericordia en conformidad con las necesidades del hombre en el mundo contemporáneo. Que este *grito condense toda la verdad sobre la misericordia*, que ha hallado tan rica expresión en la Sagrada Escritura y en la Tradición, así como en la auténtica vida de fe de tantas generaciones del Pueblo de Dios. Con tal grito nos volvemos, como todos los escritores sagrados, al Dios que no puede despreciar nada de lo que ha creado (136), al Dios que es fiel a Sí mismo, a su paternidad y a su amor. Y al igual que los Profetas, recurramos al amor que tiene características maternas y que, a semejanza de una madre, sigue a cada uno de sus hijos, a toda oveja extraviada, aunque hubiese millones de extraviados, aunque en el mundo la iniquidad prevaleciese sobre la honestidad, aunque la humanidad contemporánea mereciese por sus pecados un nuevo "diluvio", como lo mereció en su tiempo la generación de Noé. Recurramos al amor paterno que Cristo nos ha revelado en su misión mesiánica y que alcanza su culmen en su cruz, en su muerte y resurrección. Recurramos a Dios mediante Cristo, recordando las palabras del *Magnificat* de María, que proclamaba la misericordia "de generación en generación". Imploremos la misericordia divina para la generación contemporánea. La Iglesia que, siguiendo el ejemplo de María, trata de ser también Madre de los hombres en Dios, exprese en esta plegaria su materna solicitud y al mismo tiempo su amor confiado, del

que nace la más ardiente necesidad de la oración.

Elevemos nuestras *súplicas, guiados por la fe, la esperanza, la caridad* que Cristo ha injertado en nuestros corazones. Esta actitud es asimismo amor hacia Dios, a quien a veces el hombre contemporáneo ha alejado de sí, ha hecho ajeno a sí, proclamando de diversas maneras que es algo "superfluo". Esto es, pues, *amor a Dios,* cuya ofensa-rechazo por parte del hombre contemporáneo sentimos profundamente, dispuestos a gritar con Cristo en la cruz: "Padre perdónalos, porque no saben lo que hacen" (137). Esto es al mismo tiempo *amor a los hombres,* a todos los hombres sin excepción y división alguna: sin diferencias de raza, cultura, lengua, concepción del mundo, sin distinción entre amigos y enemigos. Esto es amor a los hombres —y desea todo bien verdadero a cada uno y a toda la comunidad humana, a toda la familia, nación, grupo social a los jóvenes, los adultos, los padres, los ancianos, los enfermos—, es amor a todos sin excepción. Esto es amor, es decir, solicitud premurosa para garantizar a cada uno todo bien auténtico y alejar y conjurar el mal.

Y, si alguno de los contemporáneos no comparte la fe y la esperanza que me inducen, en cuanto siervo de Cristo y ministro de los misterios de Dios (138), a implorar en esta hora de la historia la misericordia de Dios en favor de la humanidad, que trate al menos de comprender *el motivo de esta premura. Está dictada por el amor al hombre,* a todo lo que es humano y que, según la intuición de gran parte de los contemporáneos, está amenazado por un peligro inmenso. El misterio de Cristo que, desvelándonos la gran vocación del hombre, me ha impulsado a confirmar en la Encíclida *Redemptor hominis* su incomparable dignidad, me obliga al mismo tiempo a proclamar la misericordia como amor compasivo de Dios, revelado en el mismo misterio de Cristo. Ello me obliga también a recurrir a tal misericordia y a implorarla en esta difícil, crítica fase de la historia de la Iglesia y del mundo, mientras nos encaminamos al final del segundo milenio.

En el nombre de Jesucristo, crucificado y resucitado en el espíritu de su misión mesiánica, que permanece en la historia de la humanidad, *elevemos nuestra voz y supliquemos* que en esta etapa de la historia se revele una vez más aquel amor que está en el Padre y que por obra del Hijo y del Espíritu Santo se haga presente en el mundo contemporáneo como más fuerte que el mal: más fuerte que el pecado y la muerte. Supliquemos, por intercesión de Aquella que no cesa de proclamar "la misericordia de generación en generación", y también de aquellos en quienes se han cumplido hasta el final las

palabras del sermón de la montaña: "Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia" (139).

Al continuar el gran cometido de actuar el Concilio Vaticano II, en el que podemos ver justamente una nueva fe de la autorrealización de la Iglesia —a medida de la época en que nos ha tocado vivir—, la *Iglesia* misma debe guiarse constantemente por la plena conciencia de que en esta obra no le es lícito, en modo alguno, replegarse sobre sí misma. La *razón* de su *ser* es, en efecto, la de *revelar a Dios,* esto es, al Padre que nos permite "verlo" en Cristo (140).

Por muy fuerte que pueda ser la resistencia de la historia humana; por muy marcada que sea la heterogeneidad de la civilización contemporánea; por muy grande que sea la negación de Dios en el mundo humano, tanto más grande debe ser la proximidad a ese misterio que, escondido desde los siglos en Dios, ha sido después realmente participado al hombre en el tiempo mediante Jesucristo.

Con mi bendición apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 30 de noviembre, primer domingo de Adviento, del año 1980, III de mi pontificado.

Joannes Paulus P.P. II

NOTA: Las notas correspondientes consúltense en L'Osservatore Romano. Edición del 7 de Diciembre de 1980.



LAS APARICIONES DE LA VIRGEN MARIA A SANTA CATALINA LABOURE

Discurso del Cardenal Arzobispo de Quito con ocasión del sesquicentenario de este acontecimiento.

Después de hacer un recuento histórico de los hechos místicos que dieron origen a la MEDALLA MILAGROSA y luego de examinar el mensaje de la Virgen para ayer y para hoy, dice que la respuesta de María fue: "Una medalla, un pequeño objeto religioso que con sus símbolos fuese para el pueblo de los pobres del Señor un llamamiento mundial a la oración"... Quiso también expresar "su deseo de convertir a los cristianos hacia la verdadera fuente de la renovación de la Iglesia en las horas históricas más difíciles. Esa fuente no es otra cosa que la de la Caridad que evangeliza a los pobres, que se pone a su servicio".

He aquí el texto:

Entre los hechos místicos que se registran en la historia de la espiritualidad católica con el título de VISIONES Y REVELACIONES, éste que conmemoramos hoy de las apariciones de la Sma. Virgen a una hija de la Caridad a quien se dio el nombre bello de "violeta bajo la hierba", es uno de los pocos que gozaron en breve tiempo de la aceptación moralmente unánime de la Jerarquía de la Iglesia. En el culto a la Sma. Virgen, la Iglesia se ha mostrado siempre solícita de seguir, como lo dice el Concilio Vaticano II, la línea que evita igualmente las desviaciones de "la falsa exageración y la excesiva estrechez". Roma tenía asiduo cuidado en discernir, moderar, canalizar la ola de fervor inventivo y de apariciones que se explayó después de la tormenta revolucionaria de fines del siglo XVIII; mas justamente por ésto es tan

significativa la aceptación que tuvieron las apariciones de la Reina del cielo a Sta. Catalina Labouré, cuando se conoció que en ellas estaba el origen de la medalla a la que el Pueblo de Dios confirió el nombre de "medalla milagrosa".

Lustro sumamente conflictivo y angustioso fue para muchos franceses el lustro de 1830 a 1835. A las catástrofes de orden político, social y económico que convulsionaban a la "Hija primogénita de la Iglesia", vino a añadirse la de una desoladora epidemia, el morbo-cólera, que cegaba incontables víctimas en París y en toda Francia. Las hijas de la Caridad hicieron derroche de generosos sacrificios para aliviar a los enfermos; pero cuando desesperaban ya de todo auxilio humano, hallaban un remedio prodigioso en una medalla que representaba a la Virgen Inmaculada de cuyas manos se desprendían raudales de luz y al rededor de la cual estaba escrita esta breve invocación: "Oh María concebida sin pecado, ruega por nosotros que recurrimos a Tí". A esta medalla parecía que ninguna enfermedad resistía! A su contacto súbitamente o después de una novena desaparecían las fiebres, los tumores, la tuberculosis, la lepra y muchas otras formas de enfermedad. En el orden espiritual era aún más maravillosa su acción: conversiones increíbles de pecadores endurecidos, de incrédulos y fracmasones, de judíos como Alfonso María Ratisbona para quien guarda Roma un maravilloso recuerdo. Surgió así uno de los fenómenos de religiosidad y piedad mariana popular más excepcionales del siglo XIX. "En menos de cuatro años se llegan a contabilizar ocho millones de ejemplares (de la medalla) en Francia, sin contar otros millones en otros países que ya escapan a la estadística". Antes de finalizar el siglo la difusión de la medalla llegó a los mil millones y propagó así gigantescamente la devoción a la Virgen María dando a su mensaje una maravillosa irradiación.
WWptp6ilnéodt-o

Con fina humildad Sta. Catalina Labouré había logrado que el origen de la Medalla fuese atribuido a una vidente incógnita; solo cuando la gloria de su Madre inmaculada lo requirió parentoriamente, escribió el relato de lo que había contemplado místicamente cuando era una joven novicia de las Hijas de la Caridad. Permitidme entresacar frases de ese relato, cortas pero llenas de un maravilloso perfume de

gracia; permitidme entrelazarlas como en un ramillete que tengamos ante los ojos como el mejor recuerdo de este sesquicentenario. He aquí su testimonio: "De pronto me pareció oir un ruido como el roce de un vestido de seda.... Volviendo los ojos, vi a la Sma. Virgen María....

Estaba de pie, vestida de blanco.... Su rostro tan bello que me sería imposible decir su belleza La cabeza cubierta con un velo blanco que le descendía por ambos lados hasta los pies . . . De pronto vi anillos en sus dedos revetsidos de piedras, más bellas unas que otras, unas más gruesas y otras más pequeñas, que despedían rayos unos más bellos que otros . . Cuando yo contemplaba este bello cuadro, se dejó oir una voz que me dijo: estos rayos son el símbolo de las gracias que distribuyo a las personas que me las piden ... Se formó un cuadro al rededor de la Sma. Virgen un poco ovalado y en lo alto del cuadro había estas palabras: Oh María sin pecado concebida, ruega por nosotros que recurrimos a Ti . Entonces se hizo escuchar una voz que me dijo: haz, haz acuñar una medalla según este modelo: todos los que la lleven recibirán grandes gracias".

Estos son los hechos místicos en los que está el origen de la historia de la Medalla milagrosa. Muchas preguntas pudiéramos hacernos sobre ellos; pero prescindiendo de esas múltiples cuestiones que pueden plantearse respecto a esta historia maravillosa, vengamos a la pregunta esencial: ¿cuál fue el mensaje de la Virgen María para la época de las apariciones que dieron origen a la Medalla milagrosa y qué es lo que con él nos dice todavía a nosotros en estas últimas décadas del siglo XX?

En 1830 el panorama que tenía ante sus ojos la Iglesia en Francia y en el resto del mundo occidental cristiano, era muy parecido al que queda después de un ciclón o un sismo de aterradora violencia.

Todas las instituciones sociales y políticas de la época de las Monarquías absolutas habían sido abatidas desde sus cimientos por la gran tempestad de la revolución. Cuando llegó la época del terror se habían visto confundidos ante los ojos de los revolucionarios el Altar y el Trono,

la fe católica y el sistema político del "antiguo Régimen". La suerte de la Iglesia parecía estar condenada al mismo desastre que había sobrevenido a las Monarquías absolutas. Parecían comprobarlo muchos hechos dolorosos: la muerte o el destierro de los mejores sacerdotes, la confiscación de los bienes de la Iglesia, la supresión de las Ordenes religiosas, la fundación de una Iglesia cismática. Se hallaba por tanto la Iglesia católica frente al angustioso y gigantesco problema de tener que reconstruir su presente y su futuro desde los cimientos. (En tan grave coyuntura se produjo entre sus hijos una peligrosa división de ideas y tendencias: para un influyente sector de católicos el Altar y el Trono debían mantenerse indisolublemente vinculado y en este sentido había que promover la restauración, porque en esa unión estaban los sostenes esenciales del porvenir de la Iglesia y del porvenir de la Nación; en cambio para otros esta fórmula política de alianza entre la Iglesia y la Corona imperial significaba el más desastroso error).

En este contexto tuvieron lugar las apariciones de la Sma. Virgen a Sta. Catalina Labouré. Hoy la crítica histórica descubre que ellas fueron el principio de una nueva era de misericordia y de esperanza para la Iglesia atribulada por los males presentes y angustiada por la amenaza de un oscuro porvenir. ¿A quién se dirigió la Reina del cielo para la concesión de tan inmenso beneficio? No a los que en esa coyuntura histórica tenían los poderes de decisión en el gobierno del mundo; no a los que poseían la clave del saber científico que podía cambiar el curso de la civilización; sino a una joven novicia de las Hijas de la Caridad, en el secreto de una capillita que comenzaba a distinguirse como lugar de oración. ¿Y cuál fue el medio que la Reina del cielo quiso fuese puesto a disposición de su Pueblo para la gran tarea de reconstrucción eclesial sobre las ruinas del vendaval revolucionario? Algo tan pequeño que inevitablemente había de suscitar el desdén de "los espíritus fuertes"; algo tan desproporcionado ante la magnitud de los problemas por resolverse, que había de exigir una fe de corazón de niños en quienes lo aceptaran: ¡una medalla!, un pequeño objeto religioso que con sus símbolos fuese para el Pueblo de los pobres del Señor un llamamiento mundial a la oración.

Es maravillosa la riqueza y la exactitud del contenido teológico de

los símbolos reunidos en objeto tan pequeño; pero lo que merece más nuestra atención y reflexión es la orientación del mensaje que con ellos quiso dar la Madre de Dios a la Iglesia atribulada de esa hora y a la nuestra que pasa por no menores penas y afanes. Al presentarse la Virgen en el misterio de su concepción inmaculada en actitud de otorgar favores y beneficios con manos de Reina y de Madre; al querer que en el reverso de la medalla se destacara la primera letra de su nombre, MARIA, en la actitud de recibir la cruz que la constituye correndentora y en la de juntar su corazón inmaculado al corazón traspasado del Redentor divino; al elegir para la trasmisión de este mensaje a una hija de San Vicente de Paul, ¿qué es lo que quería revelarnos? No otra cosa que su deseo de convertir a los cristianos hacia la verdadera fuente de la renovación de la Iglesia en las horas históricas más difíciles. Esa fuente no es otra que la de la Caridad que evangeliza a los pobres, que se pone a su servicio; o sea, la de un amor sin mancha que siendo rico se vuelve pobre para enriquecer con su pobreza, como escribió S. Pablo pensando en Jesucristo. La fuerza de la que tenemos necesidad para reconstruir la Iglesia es la de esa Caridad. Bellamente escribió San Agustín: "El que quiera entender la fortaleza de esta ciudad (la Iglesia), entienda la fuerza de la caridad. Esa es la fuerza que nadie vence. No hay tempestades de este siglo ni ríos de tentaciones que puedan extinguir su fuego. De ella se ha dicho: *fuerte es como la muerte el amor.*

Como cuando viene la muerte, no es posible resistirle... porque quien nació mortal, mal puede evitar la violencia de la muerte; así contra la violencia de la caridad, nada puede el mundo". (En. in ps. XLVII, 13).

Esto quiso el Señor volver patente una vez más con la presentación al mundo moderno de la gran figura de San Vicente de Paul. Sabemos que toda su vida y misión tenían una sola razón de ser: la evangelización a los pobres. Sabemos que las Hijas de la Caridad, según las describió su santo Fundador, "son personas entregadas a Dios para el servicio de los pobres". La medalla milagrosa es una bella efigie de lo que es una hija de la Caridad según este santo ideal: una mujer inmaculada en su amor, que recibe mucho de Dios, para dar mucho a los pobres, sintiéndose más pobre que ellos.

Hoy la necesidad que tenemos de hacer nuestro el mensaje de la

Medalla milagrosa es inmensa. Nuestro problema en esta hora difícil no es el de la falta de medios materiales, sino el de la falta de una conversión más sincera hacia la única fuerza verdaderamente capaz de levantar del polvo a la Iglesia. Esta fuerza no es otra que la que descubrió tan espléndidamente San Vicente de Paul, la fuerza de la Caridad que se irradia mediante la pobreza evangélica. Confesémoslo: hoy los que somos Iglesia tenemos que convertirnos muy de veras para ser *Iglesia de los pobres* según el Evangelio. Nunca como ahora la Iglesia tuvo a su disposición tantos medios materiales para levantar construcciones, para viajar, para instalar a los agentes de la evangelización, para lanzar la Buena Nueva con los poderosos medios de la comunicación social. Nunca como ahora los teólogos y los intelectuales en la Iglesia tuvieron tanta riqueza de instituciones científicas y culturales y un acerbo tan inmenso de toda clase de publicaciones; pero por eso mismo nunca tampoco como ahora fue tan sutil la tentación contra la caridad y la pobreza evangélica. De allí que sea tan necesaria para nosotros la voz profética que, con el lenguaje de la Virgen en su Medalla milagrosa nos conmueva y nos incite a la conversión. Ella dio una singular prueba de predilección a los Padres de la Congregación de la Misión y a las Hijas de la Caridad al elegirlos como los principales heraldos de este prodigioso mensaje. La Iglesia ecuatoriana si ellos y ellas, como fruto de la celebración de este sesquicentenario, intensifican su vocación de volver vivo y operante el mensaje de la Medalla milagrosa.



VENDRA EL PAPA

En la Prensa de Quito y Guayaquil apareció la noticia de la venida del Papa al Ecuador, y todos los ecuatorianos sentimos enorme complacencia y mucha alegría, como dijo el Cardenal Muñoz Vega. El Gobierno del Dr. Roldós y la Jerarquía Episcopal, en nombre del Pueblo, han invitado al Soberano Pontífice de la Iglesia Católica para que visitara esta Patria pequeña en territorio pero grande por su Historia, cuya Capital es Luz de América y Patrimonio Cultural de la Humanidad, entre otros títulos de grandeza.

Vendrá el Papa y debemos prepararnos para recibirlo.

¿Quién y qué es el Papa?

Es el padre espiritual de todos los cristianos, católicos, apostólicos y romanos.

Es el sucesor de Pedro en el gobierno de la iglesia universal, y siendo lugarteniente de aquel es el Vicario de Cristo en la Tierra.

Es un hombre como todos los humanos, pero es divino por su representación, por su misión. Es el Jefe de la Iglesia de Jesucristo, de millones de discípulos del Maestro. Es el Gobernante de los Estados pequeñísimos del mundo, pero el más poderoso porque es el Gobierno de Dios.

"Quien ama al Papa ama a Jesús; quien desprecia al Papa desprecia a Cristo".

El Papa ya no es Carlos Wojtyla, es Juan Pablo II; es polaco y es ecuatoriano.

Es rico y es pobre; es noble y es plebeyo; es niño y es viejo.

Vendrá al Ecuador como a casa propia, porque vive en Roma pero su casa es el Planeta, pues, los suyos viven en todas partes de la Tierra; estando en la mitad del Mundo bendecirá mejor a todos sus hijos.

Juan Pablo II es un Papa como sus antecesores porque todos fueron sucesores de Pedro como fue éste de Cristo, pero es un Papa distinto de los otros; es el Papa para estos tiempos.

Es un intelectual, filósofo, políglota, de sólida cultura, de profunda formación científica y humanística, es escritor, poeta y artista, fue deportista, militar y obrero.

Por sobre todo, el Papa Juan Pablo II es "el dulce Cristo de la Tierra".

Como Cristo vendrá a Quito e irá a Guayaquil y a Cuenca, como fue a otras ciudades del mundo porque suyo es el mundo de las almas.

¿Para qué viene el Papa?

Para visitar a los suyos, para conocer y amar a los que no son suyos.

No viene a hacer política, pues aunque es político no es politiquero, es populista pero no es demagogo: es líder religioso, es pastor de los creyentes con fe evangélica.

Viene a decir y hacer lo que dijo e hizo Jesús en sus recorridos por Palestina; viene a vivir con nosotros el Evangelio.

"Vino a los suyos y los suyos SI le recibieron".

Con el Papa viene la paz, la justicia, el amor, la unión, como padre es lazo de comprensión en la familia, entre los hermanos separados, y entre los no disidentes del hogar común.

La visita del Papa es beneficiosa para cristianos y moros, para tiros y troyanos, porque su presencia es la sombra de Dios, sus palabras son las del Evangelio, quien "pasó por la Tierra haciendo el bien".

Donde ha ido el Papa se lo ha recibido triunfalmente, en todas partes ha sido domingo de ramos, todos han dicho: "Bendito el que viene en mobre del Señor". El ha dicho a todos la verdad, amarga algunas veces, pero siempre redentora.

Dijo el Papa en México: "El mundo rural deprimido, los trabajadores oprimidos no pueden esperar más tiempo el reconocimiento completo y efectivo de su dignidad humana y de sus derechos personales, familiares y sociales. . ."

Dijo el Papa: "A vosotros dirigentes de los pueblos, clases poderosas, os recuerdo que no es justo, no es humano, no es cristiano continuar con la explotación, la mentira, el engaño; hay que tomar medidas prácticas, reales, efectivas, a nivel local, nacional e internacional para el progreso general, para el bien común. . ."

En la Catedral de Santo Domingo, cuando pidió a los cristianos que se comprometieran a la construcción de un mundo más humano, dijo el Papa: "Construir este mundo significa, entre otras cosas, hacer todo esfuerzo para asegurarnos de que no habrá niños sin escuelas, jóvenes sin preparación adecuada para afrontar la vida, campesinos sin

tierra, obreros mal tratados, que no habrá sistemas que permitan la explotación, la carestía de los artículos de consumo popular, la corrupción de costumbres, que no habrá personas que vivan en la superabundancia mientras que otras carecen de todo, que no habrá desigualdad en la administración de la Justicia, que no habrá nadie a quien no alcance la protección de la Ley, que la fuerza no prevalezca a la razón, a la verdad, a la ley, que los asuntos económicos y políticos nunca prevalezcan sobre los asuntos humanos. . .."

¿Por qué la exaltación y glorificación del Papa en todo el mundo?

Porque el mundo ha visto que cuanto dice y hace el Papa fluye de la inteligencia y del corazón de un hombre que representa a Dios.

El Papa vendrá cuando estemos preparados para recibir a Jesucristo, su Evangelio, su doctrina, sus milagros, su cruz, su resurrección, mediante la fuerza espiritual del cambio.

El Papa es Embajador del Cielo y su mensaje es divino; su visita al Ecuador será, como ha sido en otras partes, principio de bienestar espiritual y fin de los males ocasionados por los enemigos del alma.

Debemos prepararnos bajo todo aspecto y en todo sentido para la visita del Papa; de la preparación del terreno depende la fructificación, como saben los agricultores.

Nuestra tierra es una de las mejores del mundo, y que la visita Papal sea la mejor para el Papa y para los ecuatorianos. No será pronto su venida, pero el Papa vendrá.

Héctor E. Andrade T., Pbtro.



Regulación de los Nacimientos

Quito, 9 de diciembre de 1980

Rv. Padre
Director del BOLETIN
ECLESIASTICO
Curia Metropolitana
Ciudad.

Estimado Padre:

Estoy suscrita al Boletín y, desde luego, soy asidua lectora del mismo.

Soy una profesional interesada en aplicar la Doctrina de la Iglesia sobre la regulación de los nacimientos para alivio espiritual y material de las familias que se debaten en los grandes problemas propios del tercer mundo. Esto, sin tener una mentalidad antiniño. Todo lo contrario, pensando y enseñando que el espíritu de los padres siempre debe estar abierto a la Vida.

Tengo el gusto de comunicarle que, después de doce años de lucha muy dura para abrir un poco el camino en este sentido, ya se van viendo los resultados. A ello ha venido en ayuda la presencia, la voz y la acción de nuestro muy amado y bendecido Pastor Juan Pablo II.

Posiblemente su intervención en la ONU, conjuntamente con la acción de eminentes católicos como Mercedes Wilson, el Padre Pasionista Pedro Richards, el Padre Pierre Primeau, S.S., Coordinador de Pastoral Familiar para América Latina, quien dirige un organismo coordinador y difusor, CENPAFAL, y otros más entre los que ocupa lugar destacado la pareja de los Drs. Billings, han hecho que las NN. UU. abran sus caudales para que los médicos y agentes de esta rama pastoral podamos prestar el servicio que requieren los matrimonios que están conscientes de sus deberes y derechos dentro del Plan Divino.

Este servicio es de información y de asistencia clínica. Se nos ha hecho una primera entrega de dinero para este fin y nuestro centro de operaciones estará situado en el Consultorio Médico "El Jordán" de los Padres Carmelitas Descalzos, Av. Amazonas Nro. 6.939 y Logroño (Aeropuerto). Felicitaciones a Mons.

Antonio Gonzales.

Estaremos listos a atender las preguntas, inquietudes y sugerencias, en esta dirección a partir de las 2,30 p.m. como parte de la información al público y en la primera etapa, a los Srs. Sacerdotes.

Mucho agradeceré incluir un aviso con estos datos en el Boletín todos los meses. Y si Ud. considera acertado, dar publicación también a esta carta.

El P. Luis De la Oz, Director de este Centro ha tenido la generosidad de abrirnos las puertas y nos ha explicitado el gozo que significa el poder colaborar en este servicio a los matrimonios.

Debo indicar que, en lo posible, deberán enviarnos parejas de clase media, puesto que el inicio de un programa de implementación del método Billings debe contar con elemento humano de alguna cultura, a fin de que la evaluación anual pueda dar un resultado positivo y se efectúe el ofrecimiento de mayor ayuda financiera, (también de Misereor), para atender las parroquias marginales.

Bien quisiéramos atender ya a los más pobres, pero es necesario contar con los medios materiales para ir a atenderlos cerca de sus domicilios para evitar su desplazamiento en un tránsito tan conflictivo como el de Quito. Todos conocemos que las madres de familia deben viajar en los buses con sus pequeñas criaturas. Esperemos un poco con paciencia y tengamos esperanza que conseguiremos la ayuda para la zona sur de la ciudad.

En tanto, una solución podría ser el entrenamiento de una pareja, de una Religiosa o de algún miembro de la comunidad que pueda venir a nuestro primer consultorio de Método Billings para obtener su adiestramiento.

A fin de que se conozcan algunos datos científicos que pueden ser de utilidad para los Srs. Sacerdotes, suplico a Ud., Padre Director del Boletín, admitir en sus columnas artículos continuados sobre "LA VIDA HUMANA".

Agradece desde ya por la atención que se digne prsetar a esta carta y por su colaboración.

Cordialmente,

Dra. Olga Reyes, M. D.

Nota: Con mucho gusto publicamos esta carta que orientará seguramente la vida matrimonial de muchos hogares que desconocen la manera cristiana de regular los nacimientos.

Las páginas del BOLETIN ECLESIASTICO están abiertas para esta orientación.

INFORME DE LA MISION EN LA PARROQUIA "CRISTO SALVADOR" EN CHIRIACU Y EL CAMAL

(Desde el 21 de septiembre hasta el 5 de octubre)

La juventud, dice el Informe, merece trato especial. La fórmula: "magister dixit" es un absurdo en la pastoral juvenil. No hay que olvidar nunca que el carácter comunitario del hombre y del cristianismo tiene en el joven una fuerza y una significación especial. El cristianismo no tiene que ser una parte, algo superpuesto de las personas, sino su esencia, su carne, su vida.

Fue una experiencia llena de consoladoras vivencias.

Toda la Parroquia se dividió en tres centros en esta forma: Capilla de la Asunción en el Barrio Chiriacu Alto y Forestal; P. Luis Delsors, Capilla de San Pedro en el Barrio Chahuarquingo; P. Miguel González, en la Iglesia Parroquial de Cristo Salvador de El Camal y Chiriacu Bajo, los PP. Guido Arteaga y Egidio Fierro, S.J.

"Por fin la Iglesia está con el Pueblo" fue el comentario de la gente por todas las realizaciones de la campaña en los tres sectores. Cristo salió a la calle con la Misión.

El programa general fue el siguiente:

MAÑANA:	5 a.m.	Rosario de la Aurora, Plática y Misa.
	9 a.m.	Visita de Hogares y Bendición de casas.
TARDE:	3 p.m.	Misión de niños.
	5 p.m.	Reunión de jóvenes.
NOCHE:	7 p.m.	Acto General de la Misión.
	8 p.m.	Reunión especial de reflexión para distintos grupos en diferentes noches; hombres solos, mujeres solas y matrimonios.

ACTOS PARTICULARES:

— Vía Crucis por las calles.
— Renovación del Compromiso Matrimonial de los casados.
— Misa especial para los Choferes en el Terminal Terrestre de "El

Recreo", bendición de sus manos, de los carros y del mismo Terminal.

Tal vez valga la pena conocer nuestra manera de trabajar y alguno de nuestros criterios.

Nuestro empeño primero es tratar de hacer reflexionar sobre el auténtico y a ser posible completo Mensaje Cristiano, que nos entrega una Religión no de almas sino de personas y de la sociedad y que más que doctrina, es vida.

Tratamos de que la Misión con todos los métodos y actividades responda a la realidad concreta de la comunidad humana.

No podemos imponer categorías ni modos de Cristianismo. El pueblo tiene que conocer y vivir el Cristianismo con su propia mentalidad y con su modo de decir las cosas. En cierta manera tenemos que abstraernos de nuestros valores, criterios y parámetros personales.

Toda la Misión tiene que estar iluminada por las expresiones actuales del Mensaje en Vaticano II, y en los Documentos de Medellín y de Puebla.

Hay expresiones del pueblo que para nosotros tal vez no tengan valor pero para el pueblo tienen vivencia. Por ejemplo las procesiones, las bendiciones, las imágenes son signos y en cuanto signos son vitales para la gente. Naturalmente hay que ayudar a purificar estas expresiones y quitar lo que tengan de mágico y supersticioso.

Lo ideal es que las personas y las comunidades lleguen por sí mismas y por sus propios modos de ser a la verdad completa y encuentren su camino. Nuestro papel es informar y motivar, tratando de provocar la reflexión personal y comunitaria, y evitando todo rastro de imposición, alienación o manipulación.

La juventud merece trato especial. La fórmula "Magister dixit" es un absurdo en la pastoral juvenil. Según las valiosas ideas de la pedagogía moderna el educando y el educador comparten un esfuerzo común de educación, juntos se educan y aprenden. Así en la Pastoral, el Misionero con la juventud comparte el esfuerzo de búsqueda de la verdad y de los caminos.

El joven llegará a darse cuenta de que el Mensaje Cristiano y naturalmente Cristo responde al proyecto que late en lo profundo de su ser y que vale la pena ser cristiano de verdad.

El misionero no es el que sabe y enseña y el joven el que no sabe y aprende sino el misionero y el joven buscan juntos la verdad y a Cristo en términos de juventud. Por eso las conferencias o monólogos a grandes grupos de juventud son ineficaces y una pérdida de tiempo.

No hay que olvidar nunca que el carácter comunitario del hombre y del Cristianismo tiene en el joven una fuerza y una significación especial. Por eso los distintos métodos de dinámicas de grupo y de concientización ayudan poderosamente a la juventud a encontrarse a sí mismos del valor y necesidad de los principios de vida del Cristianismo y encuentran en él, el único camino válido para llegar a ser personas, libres de verdad, actores de una nueva historia y nunca instrumentos de ideologías extrañas y engañosas.

En cuanto al enfoque del Mensaje, al informar a la gente, tratamos de entregar un Cristianismo integral de almas y cuerpos, que enseña a rezar y a trabajar, constructivo en contraposición a un falso cristianismo parcial y negativo que sirve solamente para evitar el pecado y a la salvación individual. El carácter extraordinariamente dinámico y liberador que se descubre en el formidable proyecto de Dios sobre el hombre, señalado en la frase: "Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza", y acentuado de manera definitiva, en la Encarnación y Resurrección del Hijo de Dios hecho hombre, descubre al cristiano el sentido completo de su existencia, y una razón poderosa para vivir, luchar, sufrir, amar, y crear una nueva realidad.

El hombre tiene que ser cada momento más imagen y semejanza de Dios en santidad, en sentido creador, en libertad, en ser persona y en amor y en toda perfección.

El Cristianismo no tiene que ser una parte, algo superpuesto de la persona, sino su esencia, su carne, su vida. En la exposición del Mensaje no vale la pena impresionar. Es menester ser leales a Cristo, a su Mensaje y al hombre. Ser como Cristo que presentaba un Mensaje inteligible, para que el hombre racionalmente, es decir, consciente y libremente opte por el Evangelio, para vivirlo. El respeto a la persona humana es fundamental en la pastoral. Tenemos que reconocer que desgraciadamente los sacerdotes hemos tenido la pésima costumbre de instrumentalizar a las personas. No tenemos derecho para ello. El amor al prójimo tiene como expresión primera el respeto a la persona.

Primera Semana Filosófica en Cuenca

Del 1º al 5 de Diciembre de 1980 tuvo lugar en la ciudad de Cuenca la Primera Semana de Filosofía, promovida por la Sociedad Ecuatoriana de Filosofía "Tomás de Aquino" que dirige en el Ecuador el R. P. Enrique Almeida, O. P.

La prensa nacional informó sobre este certamen cultural.

Es lamentable que, todavía en nuestro medio intelectual, esta clase de eventos pasen casi desapercibidos y que, por otra parte se llenen las páginas de los diarios con noticias, juicios críticos, etc., de libros, folletos, revistas literarias por lo general y que no se evalúe con el debido interés cuanto comienza ya a producir el pensamiento ecuatoriano en materia filosófica, pues sí tenemos mucho que exhibir nosotros a propios y extraños.

El BOLETIN ECLESIASTICO felicita muy cordialmente a todos los participantes y de una manera especial al R. P. Enrique Almeida, O. P., quien, en Cuenca como aquí en Quito, supo organizar con mucho éxito estas Semanas Filosóficas.

He aquí el programa que se desarrolló.

1*ra. SEMANA DE FILOSOFIA EN CUENCA*

Promovida por la SOCIEDAD ECUATORIANA DE FILOSOFIA "TOMAS DE AQUINO", correspondiente a la Internacional de Roma. Con el auspicio de la UNIVERSIDAD CATOLICA DE CUENCA, en Homenaje de Alberto Magno, VII Centenario de su muerte, y a Tomás de Aquino, con ocasión de las Festividades de la ciudad de Cuenca.

TEMA: DOS FILOSOFOS MEDIEVALES, HOY.

DICIEMBRE: 1º - 5 de 1980 — Local de Sesiones: Salón de la Ciudad.

Hora: 6 p. m.

Dirección de la Secretaría: Convento de Santo Domingo,

Aguirre y Gran Colombia —a Apartado 373.

CUENCA — ECUADOR

P R O G R A M A

Noviembre 15 (*Sábado*)

9 a.m. Solemne Misa, en el Séptimo Centenario de la Muerte de San Alberto Magno (Basílica: Santuario de la Morenica del Rosario).

10 a.m. Reunión de la Sociedad Ecuatoriana de Filosofía "TOMAS DE AQUINO", en el Salón de la Academia Militar Dominicana.

SESION INAUGURAL

Diciembre 1ro. (*Lunes*)

6 p.m. Salón de la Ciudad.

1. Himno Nacional.
2. ALBERTO MAGNO, Doctor Universalis: significado de su Centenario.
   Mons. Alberto Zambrano, O. P., Obispo de Loja y Adnistrador Apostólico de la Arquidiócesis de Cuenca.
3. Palabras de SALUTACION.
   Dr. Pedro Córdova Alvarez, Alcalde de la Ciudad.
4. Intermedio Musical.
5. APERTURA. Discurso.
   P. Enrique Almeida, O. P., Presidente de la Sociedad.
6. Intermedio Musical.
7. CONFERENCIA: "*Filosofía de la Naturaleza y Metafísica en Alberto Magno*".
   Dr. José Vega Delgado.

8 Himno a Cuenca.

IIa. SESION

Diciembre 2 (Martes)

6 p.m. Salón de la Ciudad:

1. CONFERENCIAS: *"La Ciencia Experimental en Alberto Magno".*

   Lcdo. Octavio Chacón Toral.

   "Las Ciencias Naturales en Alberto Magno".

   P. Alfonso Martínez, O. P.

2. DISCUSION: Sobre las Tres Ponencias en torno de Alberto Magno.

IIIa. SESION

Diciembre 3 (Miércoles)

6 p.m. Salón de la Ciudad.

1. CONFERENCIAS: *"La Educación en Tomás de Aquino".*

   Dr. Oswaldo Ruales Palacios.

   "Bibliografía Filosófico - Pedagógica sobre Tomás de Aquino".

   Dr. Gregorio Galiana López.

2. DISCUSION: Acerca de la Filosofía Educativa Tomista.

IVa. SESION

Diciembre 4 (Jueves)

6 p.m. Salón de la Ciudad.

1. CONFERENCIA: *"La Filosofía Económica de Tomás Aquino".*

P. Juan Escobar, O. P.

2 MESA REDONDA: *"El Bien Común, la Justicia Social y la Autoridad según Tomás de Aquino".*

Dirige el Presidente de la Sociedad.

SESION DE CLAUSURA

Diciembre 6 (*Viernes*)

6 p.m. Salón de la Ciudad.

1 CONFERENCIA: *"Etica, Ciencias Sociales y Políticas en Tomás de Aquino".*

P. Enrique Almeida, O. P.

2. Lectura de CONCLUSIONES.

Lcda. Bertha Torres de Herrera.

3 ALOCUCION del P. Gonzalo Valdivieso, O. P., Provincial de Dominicos en el Ecuador.

4. Cocktail.

NOMBRAMIENTOS

Diciembre 18 de 1980

6-XI -80 P. Miguel Mendizábal, Confesor Ordinario de las Hnas. Franciscanas de la Casa de Formación.

7-XI -80 P. Isaías Barriga, P. José Gabriel Barriga, P. Luciano Iturralde, P. Héctor Soria y P. Hugo de Jesús Moreno, O.P. Directores Ejecutivos de Radio Católica.

10-XI -80 P. Estuardo Manosalvas, Defensor del Vínculo del Tribunal Metropolitano de Causas Matrimoniales.

17-XI -80 P. Antonio Sáez, O.C.D., Confesor Ordinario del Noviciado de las Hnas. Carmelitas Misioneras.

18-XI -80 P. Odilón Pazmiño, C.S.J., Vicario Cooperador de La Magdalena.

28-XI -80 P. Angel Heredia, Miembro del Equipo que dirige el Seminario Mayor de Quito.

28-XI -80 P. Hugo Reinoso, Delegado Episcopal para la promoción de la Pastoral Educativa en los Colegios e Institutos de segunda enseñanza.

28-XI -80 P. Julio Rivadeneira, O.P., Vicario Cooperador de La Vicentina.

28-XI -80 P. José Araujo, O.P., Vicario Cooperador de La Vicentina.

10-XII-80 P. Juan Caramazana, O.S.A., Vicario Cooperador de la Villa Flora.

10-XII-80 P. Francisco Jácome, O.P., Asesor del Secretariado de Quito de Cursillos de Cristiandad.

10-XII-80 P. Juan Caramazana, O.S.A., Vice-Asesor del Secretariado de Quito de Cursillos de Cristiandad.

DECRETOS:

12-XI -80 Erección de un Oratorio Público, dedicado a la Sma. Virgen del Cisne y a San Francisco, en el Barrio "La Bota" del Comité del Pueblo (Quito), bajo la custodia de la Comunidad Franciscana.

20-XI -80 Erección de la Vicaría Parroquial de "San Jacinto del Búa" en Santo Domingo de los Colorados.

20-XI -80 Erección en Parroquia de la Vicaría Parroquial de "San Leonardo Murialdo".

28-XI -80 Erección de un Oratorio semi-público en la Facultad de Teología de la Universidad Católica del Ecuador.



BOLETIN ECLESIASTICO
1980 (Ecuador)

TOMO 87

INDICE GENERAL

EDITORIALES

DOCUMENTOS PONTIFICIOS

DOCUMENTOS DEL CELAM

CONGREGACIONES ROMANAS

DOCUMENTOS DE LA IGLESIA UNIVERSAL

DOCUMENTOS DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL

DOCUMENTOS DIOCESANOS

VARIOS

ADMINISTRACION ECLESIASTICA

NOTAS NECROLOGICAS

